



# Consejo de Seguridad

Septuagésimo noveno año

**9547<sup>a</sup>** sesión

Martes 13 de febrero de 2024, a las 10.00 horas

Nueva York

*Provisional*

*Presidencia:* Sr. Ali/Sr. Todd. . . . . (Guyana)

*Miembros:*

Argelia . . . . .	Sr. Cherfa
China . . . . .	Sr. Zhang Jun
Ecuador . . . . .	Sr. De La Gasca
Eslovenia . . . . .	Sra. Štiglic
Estados Unidos de América . . . . .	Sr. Regan
Federación de Rusia . . . . .	Sr. Nebenzia
Francia . . . . .	Sra. Broadhurst Estival
Japón. . . . .	Sr. Hosaka
Malta . . . . .	Sra. Frazier
Mozambique . . . . .	Sr. Afonso
Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte . . . . .	Dame Barbara Woodward
República de Corea. . . . .	Sr. Hwang
Sierra Leona . . . . .	Sr. Kanu
Suiza. . . . .	Sra. Baumann

## Orden del día

Mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales

Las repercusiones del cambio climático y la inseguridad alimentaria

Carta de fecha 6 de febrero de 2024 dirigida al Secretario General por la Representante Permanente de Guyana ante las Naciones Unidas (S/2024/146)

La presente acta contiene la versión literal de los discursos pronunciados en español y la traducción de los demás discursos. El texto definitivo será reproducido en los *Documentos Oficiales del Consejo de Seguridad*. Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y deben enviarse con la firma de un miembro de la delegación interesada, incorporadas en un ejemplar del acta, a la Jefatura del Servicio de Actas Literales, oficina AB-0928 ([verbatimrecords@un.org](mailto:verbatimrecords@un.org)). Las actas corregidas volverán a publicarse electrónicamente en el Sistema de Archivo de Documentos de las Naciones Unidas (<http://documents.un.org>).

24-03868 (S)



Documento accesible

Se ruega reciclar



*Se declara abierta la sesión a las 10.05 horas.*

### **Aprobación del orden del día**

*Queda aprobado el orden del día.*

### **Mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales**

#### **Las repercusiones del cambio climático y la inseguridad alimentaria**

#### **Carta de fecha 6 de febrero de 2024 dirigida al Secretario General por la Representante Permanente de Guyana ante las Naciones Unidas (S/2024/146)**

**El Presidente** (*habla en inglés*): Quisiera dar una calurosa bienvenida al Secretario General, a los Jefes de Estado, a los Ministros y a los demás representantes de alto nivel que se encuentran hoy en el Salón. Su presencia hoy aquí pone de relieve la importancia del tema que nos ocupa.

De conformidad con el artículo 37 del Reglamento Provisional del Consejo, invito a participar en esta sesión a los representantes de Austria, Armenia, Azerbaiyán, Bahrein, Bangladesh, Bélgica, Belice, el Estado Plurinacional de Bolivia, el Brasil, Bulgaria, Camboya, el Canadá, Chile, Croacia, Chequia, la República Dominicana, Egipto, Etiopía, los Estados Federados de Micronesia, Alemania, Georgia, Grecia, Guatemala, Haití, la India, Indonesia, Irlanda, Israel, Italia, Jamaica, Jordania, Kazajstán, Liechtenstein, Maldivas, Mauritania, Mauricio, México, Marruecos, Myanmar, Nauru, Nigeria, Noruega, el Pakistán, Palau, Panamá, Papua Nueva Guinea, el Paraguay, Filipinas, Polonia, Portugal, Qatar, Rumanía, Singapur, Sudáfrica, Sudán del Sur, España, Suriname, la República Árabe Siria, Tailandia, Tonga, Türkiye, Ucrania, los Emiratos Árabes Unidos, Vanuatu y Viet Nam.

De conformidad con el artículo 39 del Reglamento Provisional del Consejo, invito a los siguientes exponentes a participar en esta sesión: el Secretario Ejecutivo de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, Sr. Simon Stiell; la Directora General Adjunta de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, Sra. Beth Bechdol; y la Directora de Iniciativas Mundiales y Jefa del Departamento de Paz, Clima y Desarrollo Sostenible de International Peace Institute, Sra. Jimena Leiva Roesch.

De conformidad con el artículo 39 del Reglamento Provisional del Consejo, invito también a participar en

esta sesión al Jefe de la Delegación de la Unión Europea ante las Naciones Unidas, Sr. Stavros Lambrinidis, y a la Observadora Permanente y Jefa de la Delegación del Comité Internacional de la Cruz Roja ante las Naciones Unidas, Sra. Laetitia Courtois.

El Consejo de Seguridad comenzará ahora el examen del tema que figura en el orden del día.

Deseo señalar a la atención de los miembros del Consejo el documento S/2024/146, que contiene el texto de una carta de fecha 6 de febrero de 2024 de la Representante Permanente de la República Cooperativa de Guyana ante las Naciones Unidas, en la que se transmite una nota conceptual sobre el tema objeto de examen.

Doy ahora la palabra al Secretario General António Guterres.

**El Secretario General** (*habla en inglés*): Doy las gracias al Gobierno de Guyana por habernos reunido para abordar las repercusiones de la crisis climática y de la inseguridad alimentaria en la paz y la seguridad mundiales.

El caos climático y las crisis alimentarias constituyen amenazas cada vez más graves para la paz y la seguridad mundiales, por lo que es justo que el Consejo se ocupe de este tema. La crisis alimentaria mundial está creando un infierno de hambre y penuria para gran parte de la población más pobre del mundo, y la crisis climática se está acelerando con mortífera potencia. El año pasado fue el más caluroso de la historia. Son dos realidades que socavan la paz. Un estómago vacío alimenta el descontento. En Portugal tenemos un dicho: “En una casa sin pan, todos discuten y ninguno acierta”. Tanto los desastres climáticos como los conflictos exacerban las desigualdades, hacen peligrar los medios de subsistencia y obligan a las personas a abandonar sus hogares. Todo ello puede dificultar las relaciones, avivar la desconfianza y sembrar el descontento, al tiempo que la escasez de recursos y los desplazamientos masivos pueden intensificar la competencia. Los conflictos estallan con facilidad en aquellos lugares donde las tensiones son elevadas, las instituciones son frágiles y la población está marginada. Además, quienes pagan el peor precio son las mujeres y las niñas, al igual que sucede cuando escasean los alimentos y cuando se produce una catástrofe climática.

Por otro lado, el clima y el conflicto son los principales factores impulsores de las crisis alimentarias mundiales. En los lugares donde hay guerra impera el hambre, ya sea por el desplazamiento de la población, por la destrucción de la agricultura, por los daños causados a

la infraestructura o por las políticas deliberadas de negación. Entre tanto, el caos climático pone en peligro la producción alimentaria en todo el mundo. Las inundaciones y las sequías destruyen los cultivos, los cambios del océano alteran la pesca, la elevación del nivel del mar degrada la tierra y el agua dulce, y la modificación de las pautas meteorológicas arruina las cosechas y propicia las plagas. El clima y los conflictos fueron las principales causas de inseguridad alimentaria aguda para cerca de 174 millones de personas en 2022, y en muchos casos se combinan y afectan doblemente a las comunidades.

Lamento decir que, en nuestro mundo actual, abundan los ejemplos de la devastadora relación existente entre hambre y conflicto. En Siria, unos 13 millones de personas se van a dormir con hambre cada noche tras un decenio de guerra y un terrible terremoto. En Myanmar, el conflicto y la inestabilidad política han tirado por tierra avances logrados de cara a la erradicación del hambre. En Gaza, nadie tiene suficiente para comer. La población más afectada por el hambre en el mundo asciende a 700.000 personas, de las que cuatro de cada cinco habitan en esa estrecha franja de tierra. En muchos lugares, los desastres climáticos añaden otra dimensión al problema. Todos y cada uno de los 14 países más amenazados por el cambio climático sufren algún conflicto. Este año, 13 de ellos están sufriendo alguna crisis humanitaria. En Haití, los efectos de los huracanes se han sumado a la violencia y la anarquía y han dado lugar a una crisis humanitaria que afecta a millones de personas. En Etiopía, la sequía ha venido justo después de la guerra. Se calcula que este año necesitarán asistencia alimentaria unos 16 millones de personas, y los refugiados que huyeron del conflicto en el vecino Sudán hacen que la presión sobre unos recursos ya escasos sea aún mayor. En el Sahel, la elevación de las temperaturas incrementa las tensiones, agota los recursos hídricos, erosiona las tierras de pastoreo y arruina la agricultura a pequeña escala, que es la base de las economías locales. En un contexto de inestabilidad política prolongada, el resultado es un conflicto entre agricultores y pastores. Mientras tanto, a escala mundial, existe el riesgo de que reaparezca la inflación alimentaria, ya que el Canal de Panamá está afectado por la sequía y el mar Rojo por la violencia, lo que causa grandes perturbaciones en las cadenas de suministro.

Si no se toman medidas, la situación se deteriorará aún más. Los conflictos se multiplican. No hay duda de que la crisis climática se agravará a medida que aumenten las emisiones, y el nivel de inseguridad alimentaria aguda se eleva a cada año que pasa. El Programa Mundial

de Alimentos estima que la población afectada ascenderá a más de 330 millones de personas en 2023, y a principios de este año alertó sobre el grave deterioro que se cierne sobre 18 focos de hambre. Para evitar estas amenazas cada vez más graves para la paz y la seguridad internacionales, debemos intervenir y actuar sin más demora, para deshacer los funestos vínculos existentes entre el conflicto, el clima y la inseguridad alimentaria.

En primer lugar, todas las partes implicadas en cualquier conflicto deben atenerse al derecho internacional humanitario. Con demasiada frecuencia, no sucede así. La resolución 2417 (2018), sobre la protección de los civiles en los conflictos armados, deja claro que se deben proteger los bienes esenciales para la supervivencia de los civiles. La práctica de hacer pasar hambre a la población civil podría constituir un crimen de guerra, y el personal humanitario ha de tener un acceso sin trabas a los civiles necesitados. El Consejo tiene un papel fundamental a la hora de exigir que se respete esa resolución y que sus infractores rindan cuentas.

En segundo lugar, debemos financiar íntegramente las operaciones humanitarias para evitar que las catástrofes y los conflictos agudicen el hambre. La financiación de las operaciones humanitarias no llegó al 40 % durante el año pasado. Cerca de un tercio del dinero destinado a esas operaciones se dedicó a hacer frente a la inseguridad alimentaria.

En tercer lugar, debemos establecer las condiciones necesarias para solucionar los conflictos y preservar la paz entre los países y dentro de cada país. La exclusión, las desigualdades y la pobreza elevan el riesgo de conflicto. La respuesta pasa por acelerar nuestro avance hacia la consecución de los Objetivos de Desarrollo Sostenible, en particular el objetivo del hambre cero. Se necesita una inversión masiva para efectuar una transformación justa que asegure sistemas alimentarios sanos, equitativos y sostenibles. Además, es necesario que los Gobiernos, las empresas y la sociedad trabajen de consuno para que este tipo de sistemas sean una realidad.

Hoy en día vemos una escandalosa disparidad entre lo que se asigna y lo que se necesita. A escala mundial se desperdicia casi un tercio de los alimentos, mientras que cientos de millones de personas se van a dormir con hambre cada noche. Por otro lado, el consumo, la producción y la distribución de alimentos son responsables de aproximadamente un tercio de las emisiones mundiales de gases de efecto invernadero. Debemos crear sistemas alimentarios que permitan alimentar al planeta sin acabar con él. Ello requiere una coherencia entre acción

climática y transformación de los sistemas alimentarios —como ya reclamé en julio, en el Momento de las Naciones Unidas para Hacer Balance de los Sistemas Alimentarios—, a fin de ayudar a asegurar el desarrollo sostenible, unos medios de subsistencia adecuados y una población sana en un planeta sano. Todo ello exige que trabajemos juntos y que busquemos la participación de todos —incluidas las mujeres, la juventud y las comunidades marginadas— en la adopción de decisiones. Además, tenemos que establecer y financiar sistemas de protección social, con miras a proteger los medios de subsistencia y garantizar el acceso básico a los servicios y los recursos. Y debemos fortalecer y renovar los marcos globales de paz y seguridad. Es vital que aprovechemos al máximo la Cumbre del Futuro que se celebrará más adelante este año, y en la que los Estados Miembros estudiarán la propuesta de la Nueva Agenda de Paz. En ella se presenta un proyecto global de la paz en nuestro mundo cambiante, que se basa en la prevención y el derecho internacional y está fundamentada en los derechos humanos. Y reconoce los vínculos entre el desarrollo sostenible, la acción por el clima y la paz.

En cuarto lugar, debemos controlar la crisis climática para limitar el aumento de la temperatura global a 1,5 °C. Dado que la acción por el clima es una acción por la seguridad alimentaria y una acción por la paz, las naciones del G20 deben liderar una eliminación gradual mundial justa de los combustibles fósiles, de conformidad con el principio de responsabilidades comunes pero diferenciadas y capacidades respectivas, a la luz de las diferentes circunstancias nacionales. Y todos los países deben crear nuevos y ambiciosos planes nacionales de acción por el clima —o contribuciones determinadas a nivel nacional— para 2025, que se ajusten al límite de 1,5° C. Además, debemos tomarnos en serio la adaptación, y garantizar que todos los habitantes de la Tierra estén protegidos por un sistema de alerta temprana de aquí a 2027 y que la alerta temprana dé lugar a una acción temprana, además de proporcionar una financiación adecuada para la adaptación. Los países desarrollados deben aclarar cómo cumplirán los 40.000 millones de dólares anuales prometidos en financiación de la adaptación para 2025. Y deben mostrar cómo se subsanará el déficit de financiación de la adaptación. También necesitamos contribuciones sustanciales al nuevo fondo para pérdidas y daños establecido en la 28ª Conferencia de las Partes en la Convención Marco sobre el Cambio Climático. Y tenemos que apoyar a las instituciones locales para que tomen la iniciativa en la reducción del riesgo de catástrofes en sus zonas.

*(continúa en francés)*

En quinto lugar, tenemos que adoptar medidas en materia de financiación. Alcanzar los objetivos de desarrollo sostenible es, sin duda, la mejor manera de prevenir los conflictos, pero requiere realizar inversiones. Hoy en día, agobiados por la crisis del costo de la vida y unos niveles de deuda insostenibles, numerosos países en desarrollo sencillamente no pueden permitirse invertir en acción por el clima, sistemas alimentarios resilientes u otras prioridades del desarrollo sostenible. He propuesto un plan de estímulo para relanzar los Objetivos de Desarrollo Sostenible, por valor de 500.000 millones de dólares anuales, para lograr una financiación asequible y a largo plazo del desarrollo sostenible y la acción por el clima. Para ello, hay que adoptar medidas urgentes relativas a la deuda, y dar un respiro a los países que deberán afrontar reembolsos aplastantes en los próximos tres años. También hay que recapitalizar los bancos multilaterales de desarrollo y cambiar sus modelos de negocio para que puedan movilizar una cantidad de financiación privada mucho mayor a un costo razonable para los países en desarrollo. Al mismo tiempo, los países en desarrollo deben dar prioridad al gasto en Objetivos de Desarrollo Sostenible. Resulta angustiante ver cómo los Gobiernos gastan a manos llenas en armamento, al tiempo que recortan con usura los presupuestos destinados a la seguridad alimentaria, la acción por el clima y el desarrollo sostenible en general.

Por último, debemos centrarnos en los puntos de convergencia entre la inseguridad alimentaria, el clima y los conflictos. Tenemos que crear alianzas, políticas públicas y programas que permitan abordar estas cuestiones de manera simultánea, por ejemplo teniendo en cuenta los riesgos climáticos y la seguridad alimentaria en la consolidación de la paz, o invirtiendo en programas de adaptación al clima que ayuden a la población a gestionar los recursos comunes. El mecanismo de seguridad climática de las Naciones Unidas fue concebido para que en nuestra labor tengamos en cuenta los vínculos entre el clima, la paz y la seguridad. La iniciativa Convergencia se puso en marcha el año pasado para ayudar a los países a combinar la acción por el clima y la transformación de los sistemas alimentarios. Asimismo, debemos velar por que la financiación para el clima llegue a las personas y los lugares en conflicto. El Fondo para la Consolidación de la Paz puede actuar como catalizador para movilizar a otros asociados y hacer realidad esta ambición. Y hago un llamamiento al Consejo de Seguridad para que estudie la mejor manera de hacer frente a las amenazas interrelacionadas que pesan sobre el clima, la seguridad alimentaria y la paz y la seguridad internacionales.

*(continúa en inglés)*

El mensaje es claro: podemos romper el nexo mortal que forman el hambre, el caos climático y los conflictos, y neutralizar la amenaza que representan para la paz y la seguridad internacionales. Actuemos para ello y construyamos un futuro habitable y sostenible, sin hambre y sin el azote de la guerra.

**El Presidente** (*habla en inglés*): Doy las gracias al Secretario General por su exposición informativa.

Tiene ahora la palabra el Sr. Stiell.

**Sr. Stiell** (*habla en inglés*): Quiero empezar hoy dando las gracias a Guyana por señalar a la atención del Consejo de Seguridad este tema importante, porque no hay dos maneras de decirlo: cuanto menos se haga para abordar el cambio climático, más conflictos tendrá que afrontar el Consejo. Hace solo unos años, el mundo creía que podríamos erradicar el hambre. En la actualidad, una de cada diez personas de la Tierra padece ya hambre crónica. Esa cifra es inaceptable. Si el cambio climático se acelera, no hará más que empeorar.

El cambio climático está contribuyendo a la inseguridad alimentaria y al conflicto. Es necesario adoptar medidas de forma rápida y sostenida para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero e incrementar la resiliencia, a fin de evitar que ambas cosas se descontrolen. El mundo se calienta, y rápidamente. El régimen pluviométrico está cambiando. Y las tormentas son cada vez más fuertes y destructivas. Según el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático, la producción de alimentos ya es inferior a la que habría sido sin el cambio climático. Y en un futuro no muy lejano, corremos el riesgo de que se produzcan crisis de abastecimiento enormes, en las que, de manera simultánea, las cosechas se echen a perder en los principales países productores. Si el calentamiento prosigue, la producción de alimentos disminuirá en numerosos países. En otros, crecerá muy poco. Es probable que haya escasez de alimentos, subidas de precios y hambre. Sin una acción por el clima, esos problemas son casi seguros.

Los vínculos entre el hambre y los conflictos están demostrados de sobra. Históricamente, las revueltas por el pan han alimentado revoluciones y derrocado gobiernos. La competencia por la tierra cultivable se hace más feroz en épocas de calor y sequía. La escasez de alimentos favorece la violencia comunal dentro de los países y entre ellos. La combinación de cambio climático, hambre y guerra es devastadora. No haya seguridad nacional sin seguridad alimentaria. y no habrá seguridad alimentaria sin una acción reforzada para poner fin al cambio climático.

Sin embargo, hoy no estoy aquí solo para presentar problemas, porque para todos esos problemas hay soluciones y vías que adelante, tanto dentro de este foro como en otros, incluido el proceso para la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático. En virtud del mismo, nuestro mandato no se amplía a la toma de decisiones sobre paz y seguridad. En nuestros informes podemos reconocer —y reconocemos— el papel que desempeñan el cambio climático y la seguridad alimentaria en la generación de conflictos. Podemos crear alianzas y establecer una colaboración para abordar los factores agravantes.

Sin embargo, a mi juicio, el Consejo de Seguridad también tiene un papel que desempeñar. Debemos reconocer que se puede hacer más, en lugar de esperar que el problema desaparezca, cosa que, naturalmente, no ocurrirá. El Consejo debe solicitar un flujo periódico de información sobre los riesgos para la seguridad climática. La Convención Marco puede contribuir a que se elabore ese tipo de actualizaciones. Sin embargo, en última instancia, el foro debe estar al corriente en tiempo real de este factor de crisis para contribuir a adoptar mejores decisiones. Por ejemplo, ahora que la programación de los fondos verticales reconoce la sensibilidad a los conflictos, también deben ser sensibles al clima. Desde la perspectiva de la Convención, los planes nacionales de adaptación, la financiación climática y las nuevas y más fuertes contribuciones determinadas a nivel nacional pueden reducir nuestra vulnerabilidad y, junto con las medidas enunciadas por otros aquí hoy, ayudar a prevenir el hambre y los conflictos. Permítaseme repasar cada una de esas importantes herramientas.

Todos los países deben poner en marcha un plan nacional de adaptación al clima para proteger su población, sus medios de subsistencia y la naturaleza de la espiral de impactos climáticos. Además, todos los planes nacionales de adaptación, que nos han presentado hasta la fecha, señalan el aumento de la seguridad alimentaria como una de sus principales prioridades. Invertir en resiliencia y adaptación climáticas, incluido el cambio de las prácticas agrícolas hacia una producción de alimentos regenerativa, sin dejar de trabajar para cuidar y conservar la naturaleza, no solo atenuaría los daños ocasionados por los fenómenos climáticos extremos, sino que también garantizaría que los alimentos que se necesitan en lo sucesivo para la seguridad alimentaria se proporcionen de forma sostenible y universal, sin dejar a nadie atrás. En el 28º período de sesiones de la Conferencia de las Partes en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, celebrado en

Dubái, los países acordaron que ha llegado el momento de invertir en el diseño, la experimentación y la ejecución de planes de adaptación al clima en beneficio de los sistemas alimentarios, desde la plantación de nuevos cultivos hasta la mejora de la información y la comunicación meteorológicas. Los países necesitan dinero para la adaptación, sobre todo los países en desarrollo que son vulnerables a las perturbaciones climáticas.

Muchos de esos mismos países ya están lidiando con la escasez, la fragilidad y los conflictos, pero enfrentamos importantes déficit de financiación de la acción climática. Además, las necesidades de fondos para la adaptación son al menos diez veces superiores a los actuales flujos financieros públicos internacionales. Los países en desarrollo, excluida China, necesitan 2,4 billones de dólares cada año para construir economías de energía limpia y adaptarse a los impactos climáticos. Son cifras considerables, pero en lo sucesivo, serán inversiones. Palidecen ante la espiral de costos de las crisis y los conflictos. A diferencia de la reconstrucción tras una guerra o una catástrofe natural, la financiación para la adaptación es productiva. Es una inversión para mejorar las sociedades. La financiación climática es una inversión en economías prósperas y en abundancia, y no en escasez, para prevenir las condiciones que causan los conflictos. Si se hace bien, la financiación climática beneficiará a los países que tienen grandes necesidades humanitarias. No obstante, hoy en día, no fluye suficiente financiación hacia los Estados en extremo frágiles y asolados por conflictos. Eso también tiene que cambiar.

Si bien ya es imperioso adaptarse a un mundo que se calienta, también debemos hacer todo lo posible por limitar los aumentos de temperatura peligrosos. Para lograrlo, las contribuciones determinadas a nivel nacional y los objetivos y planes climáticos nacionales son nuestra herramienta. Los planes de acción deben estar en consonancia con los objetivos del Acuerdo de París, abarcar todos los gases de efecto invernadero y establecer cómo se llevará a cabo la transición en cada sector de la economía. A la luz de la conversación de hoy, deben incluir medidas destinadas a proteger la seguridad alimentaria. Todos los países deberán presentar esos nuevos planes a principios del próximo año. Deben ser ambiciosos y mantener viva la posibilidad de limitar el calentamiento a 1,5 °C. La inversión en la adaptación, la resiliencia y la energía limpia puede aumentar la prosperidad y la seguridad alimentaria y ayudar a prevenir futuros conflictos. Si se hace bien, la acción climática puede contribuir a consolidar la paz.

**El Presidente** (*habla en inglés*): Doy las gracias al Sr. Stiell por su exposición informativa.

Doy ahora la palabra a la Sra. Bechdol.

**Sra. Bechdol** (*habla en inglés*): Para empezar, yo también deseo dar las gracias al Presidente de Guyana por haber convocado esta sesión e invitado a la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) a hacer uso de la palabra.

El clima y los conflictos son las cuestiones más importantes con respecto a una acción urgente para responder a la inseguridad alimentaria mundial. Las pruebas científicas y la orientación política son claras. El cambio climático está comprometiendo la seguridad alimentaria, y sus efectos constituyen una amenaza creciente a la paz y la seguridad internacionales. Tiene efectos alarmantes en las personas, el planeta y en lo que quisiera tratar esta mañana, a saber, los sistemas agroalimentarios, es decir, cómo y cuándo producimos, cosechamos, elaboramos y almacenamos nuestros alimentos. El aumento de las temperaturas, la modificación de los regímenes de precipitaciones y la mayor frecuencia de fenómenos climáticos extremos son ya una realidad y serán cada vez más intensos. La crisis climática no perdona a nadie, pero no afecta a todos por igual ni de la misma manera. Sabemos que la población más amenazada es la que depende de la agricultura y los recursos naturales. Sus miembros viven en zonas rurales y son agricultores. Sus medios de subsistencia están muy expuestos y son muy vulnerables a los efectos del cambio climático, lo que limita su capacidad de respuesta y los expone a los conflictos derivados de la escasez de esos recursos naturales.

Unos medios de subsistencia sólidos y viables son fundamentales para mitigar esos riesgos de seguridad relacionados con el clima. Cuando se ven amenazados, existe un riesgo importante de que el cambio climático pueda contribuir al riesgo de conflicto. En la FAO, como organismo técnico especializado del sistema de las Naciones Unidas, centrado específicamente en la alimentación y la agricultura, nos encontramos cada vez más en ese mismo espacio. Lo hemos oído decir muchas veces: no hay seguridad alimentaria sin paz ni hay paz sin seguridad alimentaria. No obstante, ahora, cada vez más, nos enfrentamos a los efectos del cambio climático. Hemos visto de primera mano cómo los conflictos provocan hambre y malnutrición, y no es casualidad que la mitad de las personas que pasan hambre en el mundo vivan en zonas afectadas por conflictos. Según el 2023 *Global Report on Food Crises*, los principales

factores desencadenantes de la inseguridad alimentaria y el hambre en el mundo son los conflictos y el cambio climático, ya que 258 millones de personas en 58 países se enfrentan a altos niveles de inseguridad alimentaria aguda — fase 3 o superior de la Clasificación Integrada de la Seguridad Alimentaria en Fases. Además, más de dos tercios de ellas, es decir, 174 millones de personas, se encuentran a ese nivel a causa del clima y los conflictos. Aunque tal vez no haya una causalidad directa entre ambos, hay pruebas claras de que el cambio climático aumenta los riesgos y los factores desencadenantes de los conflictos y de la inestabilidad, como las controversias relacionadas con la tierra y el agua, y de que los conflictos contribuyen a la vulnerabilidad ante el cambio climático, en especial para las personas que se ven obligadas a abandonar sus hogares y emigrar. Hasta el 70 % de los países más vulnerables al clima se encuentran también entre los países más frágiles desde el punto de vista político y económico.

El cambio climático deshará los avances logrados en la mitigación del hambre, pero, a medida que se intensifique, creará nuevos trastornos y seguirá encontrándose entre los factores detonantes de los conflictos. Se prevé que el 10 % de la superficie actualmente apta para los principales cultivos y la ganadería podría ser inadecuada desde el punto de vista climático a mediados de siglo, en escenarios de emisiones elevadas. Esto supone una nueva reducción de una superficie de por sí limitada, de la que dependemos para producir nuestros alimentos. Este escenario afecta a todos los agricultores, incluidos los pequeños agricultores, los pastores, los silvicultores y los pescadores, que se llevan la peor parte de los impactos climáticos, debido a su dependencia de los recursos naturales, el suelo, el agua y la tierra. Lo veo en la granja de mi propia familia en la región del medio oeste de los Estados Unidos, y lo veo de primera mano en países como el Afganistán, Kenya, Somalia, Uganda y otros lugares.

Los conflictos afectan a la capacidad de las comunidades para producir alimentos y acceder a ellos. Reduce el rendimiento y la productividad agrícolas. Desplaza a los agricultores de sus tierras. Destruye los activos agrícolas, perturba los mercados y los servicios, aumenta los precios e incluso causa nuevos riesgos para la salud humana. Tenemos que equipar a los agricultores y a las comunidades para que se preparen y respondan a las crisis y se recuperen de ellas con rapidez. Tenemos que ayudarlos a aumentar su resiliencia. De hecho, estamos viendo los resultados de esos esfuerzos en un lugar como el Afganistán, donde se empieza a observar

un descenso considerable del número de personas que se enfrentan a una inseguridad alimentaria aguda. Sabemos que esos planteamientos pueden funcionar; solo tenemos que ampliarlos. El Fondo para la Consolidación de la Paz del Secretario General ha respondido de manera eficaz a la necesidad de abordar la intersección entre el cambio climático y los conflictos y los efectos de la creciente competencia por los recursos naturales. Funciona. La FAO mantiene su determinación de respaldar ese tipo de proyectos y de fortalecer la colaboración con sus asociados.

Permítaseme dar algunos ejemplos de la relación compleja, propia de cada contexto y multidimensional que existe entre el cambio climático y los conflictos.

En África Occidental y Central, la trashumancia transfronteriza es una práctica tradicional de pastoreo muy arraigada. Es cuando los pastores emigran por temporadas y cruzan fronteras con su ganado en busca de agua y pastos. Históricamente ha sido pacífica, pero el cambio climático y las presiones ambientales y de seguridad han alterado esas rutas migratorias. Ello ha provocado un aumento constante de las tensiones en el seno de la agricultura entre las comunidades agrícolas y ganaderas, a menudo vinculadas a la competencia creciente por unos recursos naturales ya escasos, como el agua y la tierra, o a los daños sufridos por las cosechas en los campos. Ese problema existe en Burkina Faso, en Malí y en el Níger, donde la FAO y la Organización Internacional para las Migraciones colaboran para reducir los conflictos violentos relacionados con la trashumancia mediante un sistema de alerta y mecanismos de gestión de conflictos.

Esa es solo una muestra de la labor que llevamos a cabo con pastores y ganaderos. Sin embargo, como sabemos, el cambio climático y los conflictos afectan a todos los sectores agrícolas, no solo a la ganadería. Afectan a la producción agrícola, pesquera y forestal, que están íntima e inextricablemente ligadas al cambio climático, y generan presiones adicionales para acceder a los recursos naturales.

En el Yemen, la FAO ha puesto en marcha un proyecto relativo al agua en pro de la paz, que ha contribuido a mitigar los conflictos causados por el agua y en el que las mujeres trabajan a menudo como agentes de solución de conflictos. El proyecto, que funciona mediante un incentivo de trabajo a cambio de efectivo, se centra en la rehabilitación de canales de riego para las comunidades participantes en zonas protegidas donde el agua fluye durante las lluvias. Da prioridad a la participación de

las comunidades agrícolas en el marco del proyecto para solucionar los conflictos locales sobre la asignación de recursos hídricos aguas arriba y aguas abajo.

El cambio climático y los riesgos que presenta para la seguridad no conocen fronteras geográficas. Por tanto, es necesaria la cooperación en todos los niveles para garantizar una gestión pacífica y sostenible de los recursos compartidos.

Para concluir, permítaseme recomendar cinco medidas a fin de seguir avanzando en esta agenda.

En primer lugar, tenemos que priorizar las inversiones. Debemos crear sistemas agroalimentarios resilientes al clima y planteamientos locales que ayuden a consolidar y sostener la paz, basándonos en la adaptación al cambio climático, la reducción del riesgo de desastres y los enfoques comunitarios.

En segundo lugar, tenemos que pedir a las entidades de las Naciones Unidas que periódicamente analicen los riesgos y los vínculos asociados al cambio climático e informen sobre ellos. Los datos y la información son fundamentales para llevar a cabo intervenciones específicas.

En tercer lugar, debemos mejorar la coordinación estratégica en todos los niveles y aprovechar los mecanismos existentes, como el Mecanismo de Seguridad Climática de las Naciones Unidas y el Mecanismo de Coordinación de la Seguridad Climática de la Autoridad Intergubernamental para el Desarrollo.

En cuarto lugar, necesitamos crear puestos de asesores especializados en la paz y la seguridad climáticas en más misiones de las Naciones Unidas, sobre todo en aquellas susceptibles al cambio climático.

Por último, debemos crear centros regionales de paz y seguridad climáticas, como ha hecho la Oficina de la Enviada Especial para el Cuerno de África.

Para concluir, permítaseme decir simplemente que no podemos descuidar la agricultura como solución clave a las amenazas cada vez mayores del cambio climático y los conflictos y sus efectos sobre la seguridad alimentaria. Es hora de que nos centremos en los agricultores, los ganaderos, los pescadores y los silvicultores, que son las personas que alimentan al mundo. No podemos permitir que queden atrás.

**El Presidente** (*habla en inglés*): Doy las gracias a la Sra. Bechdol por su exposición informativa.

Tiene ahora la palabra la Sra. Leiva Roesch.

**Sra. Leiva Roesch** (*habla en inglés*): Le doy las gracias, Presidente Ali, por haberme invitado hoy aquí y por hacer de esta cuestión una prioridad absoluta para Guyana.

Hace diez años, estaba sentada en esta mesa con forma de herradura como integrante de la delegación de Guatemala, que en ese momento era miembro elegido del Consejo. Es un gran honor intervenir ahora en nombre de International Peace Institute. Sé de primera mano lo difícil que es determinar qué lugar ha de ocupar el cambio climático en el Consejo de Seguridad. Ha sido un camino muy largo, y yo misma he sido escéptica. El cambio climático no se parece a ningún otro de los asuntos de los que se ocupa el Consejo. No son efectivos sobre el terreno. No es un enemigo al que podamos condenar, identificar o sancionar. No encaja en nuestras suposiciones comunes sobre lo que es un enemigo y, por ello, de hecho podría aglutinar a la humanidad.

El cambio climático es, con diferencia, la cuestión en la que existe una mayor cooperación entre países y en la que el multilateralismo prospera en mayor medida. La Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático es el lugar central de la diplomacia en materia de cambio climático, pero ni la Convención ni el Acuerdo de París abordan la paz y la seguridad: eso es competencia de este órgano, y el Sr. Stiell también lo ha recalado. La cuestión es cómo puede el Consejo responder a los llamamientos de tantos países en desarrollo, desde el Níger a la República Dominicana —cuyo Presidente se encuentra hoy aquí—, desde Mozambique a los Estados insulares del Pacífico, y ahora Guyana: muchos países que siguen llamando a la puerta del Consejo. ¿Cuándo responderá el Consejo? No es una cuestión de si responderá, sino de cuándo lo hará.

El planeta se está calentando a un ritmo acelerado y nos acercamos peligrosamente a un aumento de 1,5 °C. El máximo órgano científico dedicado al clima ha sido inequívoco sobre la forma en que se verán afectados todos nuestros sistemas humanos una vez que crucemos ese umbral. No es ciencia ficción, pero es difícil pensar en esos escenarios porque son realmente apocalípticos. Para muchos de nosotros que somos padres o, me atrevo a decir, abuelos, eso debería producirnos escalofríos. No obstante ¿significa eso que preferimos ignorarlos? Los océanos y los bosques —nuestros mayores sumideros de carbono— pronto dejarán de poder prestar ese noble servicio. El calor extremo se convertirá en una realidad insoportable, que afectará a los cultivos, a las aguas y a nuestra propia supervivencia. La movilidad humana será inaudita —más de lo que hemos experimentado

nunca— y nuestro historial en materia de migración es deplorable. Los arrecifes de coral de aguas cálidas dejarán de existir, lo que afectará profundamente a las poblaciones mundiales de peces y a los países que dependen de ellas. A medida que la elevación del nivel de los océanos se hace con tierras e islas, culturas enteras se tambalean al borde del abismo al desaparecer sus hogares ancestrales entre las olas.

¿Cuál es entonces el papel del Consejo de Seguridad?

En primer lugar, debemos replantearnos el vínculo entre soberanía y pérdida territorial, consagrado en los Principios de Montevideo, habida cuenta de que los Estados insulares necesitarán mantener su soberanía incluso cuando pierdan sus tierras. El retroceso de la experiencia climática en el Consejo ha dejado un importante vacío de responsabilidad, sobre todo para los pequeños Estados insulares en desarrollo que no tienen una agenda específica en el Consejo y, sin embargo, se enfrentan a esa amenaza existencial.

Conforme nos acerquemos a un calentamiento superior a 1,5 °C, los países experimentarán un agravamiento de los fenómenos extremos, los desastres y las crisis económicas. Para muchos países de renta media, eso se une a una deuda elevada y a unas normas injustas en el comercio y las finanzas mundiales, como ha mencionado el Secretario General. Esos efectos climáticos aumentan la desigualdad, lo que afecta de forma desproporcionada a mujeres, niños y personas con discapacidad. Las personas pobres y vulnerables serán aún más pobres y vulnerables.

La función del Consejo de Seguridad no es sustituir a la Convención Marco sobre el Cambio Climático; su función consiste más bien en examinar la manera en que el clima amplifica las realidades existentes relacionadas con la paz y la seguridad, entre otros, en los países de los que se ocupa. Para ello, puede invocar el Artículo 34 de la Carta de las Naciones Unidas, en el que, parafraseando, se estipula que el Consejo puede investigar cualquier situación que pueda provocar fricciones internacionales o dar lugar a una controversia o situación susceptible de poner en peligro el mantenimiento de la paz y la seguridad. Quisiera insistir una vez más en las palabras “puede investigar cualquier situación”. Los miembros del Consejo pueden crear un órgano provisional de investigación para comprender mejor la relación entre seguridad alimentaria, clima y conflicto en los niveles actuales de calentamiento. La creación de ese órgano en virtud del Artículo 34 puede contribuir a esclarecer, de manera seria y científica, el papel del Consejo a ese respecto. Debe

ser un espacio que refleje todo el abanico de opiniones sobre esa cuestión, con la participación de los miembros permanentes y elegidos, habida cuenta de que todos los miembros tienen que ocuparse de ese asunto. Si creáramos un órgano de ese tipo —y desde International Peace Institute estaríamos encantados de ayudar— se transmitiría un nuevo mensaje al mundo en el sentido de que el Consejo se toma en serio a las naciones más pequeñas, porque, al fin y al cabo, ¿no es el propósito de las Naciones Unidas proteger a los más pequeños?

El Consejo de Seguridad no es el único que intenta encontrar la manera de hacer frente al cambio climático. El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional se enfrentan a un desafío similar. Todas las instituciones que creamos en 1945 necesitan que se amplíen sus mandatos. En este caso, la Carta otorga el mandato a través del Artículo 34, por lo que se trata sobre todo de ampliar su práctica. No obstante, hay buenas noticias, ya que existen recursos para transformar los sistemas alimentarios. Solo necesitamos el liderazgo y la voluntad de reasignar los 638.000 millones de dólares destinados a subvenciones que van en contra de las inversiones positivas para el clima y que apenas llegan a los agricultores. El dinero está ahí. Por lo tanto, el cambio climático no es un desafío irresoluble, a diferencia de muchos de los demás retos que afronta el Consejo. Es posible darle respuesta mediante la cooperación, la innovación y el compromiso con nuestro futuro común.

**El Presidente** (*habla en inglés*): Doy las gracias a la Sra. Roesch por su exposición informativa.

A continuación, formularé una declaración en calidad de Presidente de la República Cooperativa de Guyana.

Los desafíos a la paz y la seguridad internacionales siguen evolucionando, y, para poder superarlos, nuestra manera de entenderlos y de afrontarlos también deben seguir evolucionando. Por ello, acojo con satisfacción las perspectivas que han ofrecido el Secretario General y los exponentes. La interrelación entre el cambio climático, la seguridad alimentaria y la paz y la seguridad es evidente. El cambio climático y los conflictos son dos de las causas principales de la inseguridad alimentaria y a menudo se solapan, lo que provoca un círculo vicioso de inestabilidad y necesidad. El dictamen es que se espera que el cambio climático vaya convirtiéndose en una causa considerablemente mayor de conflictos. Reconocemos también que los conflictos armados pueden provocar inseguridad alimentaria y amenaza de hambruna. Por lo tanto, permítaseme que me detenga unos instantes en esas cuestiones. Puede que muchos

se pregunten si la situación es realmente una crisis o si esos temas son siquiera pertinentes para el Consejo de Seguridad. ¿Son una prioridad que deba tratarse a este nivel? Para que quienes aún tengan este tipo de dudas comprendan si se trata de una crisis o no, quisiera referirme a algunos datos actuales.

Se calcula que en estos momentos 149 millones de africanos se enfrentan a una inseguridad alimentaria grave, lo que supone un aumento de 12 millones de personas con respecto a hace un año. Eso equivale a una categoría de riesgo tres o superior: crisis, emergencia y catástrofe. En la escala de Clasificación Integrada de la Seguridad Alimentaria en Fases, del 1 al 5, unos 122 millones de las personas que sufren inseguridad alimentaria aguda se encuentran en países en situación de conflicto, el 82 % del total, lo que acentúa el hecho de que los conflictos son una de las causas principales de la inseguridad alimentaria aguda en África. Lo mismo puede decirse de Haití, donde el conflicto interno es una de las causas principales de la inseguridad alimentaria y climática que, en última instancia, conduce a dificultades de gobernanza. Según las previsiones de Africa Improved Foods, erradicar el hambre causada por la guerra costará 5.000 millones de dólares.

Además, está la cuestión de las tierras agrícolas que ya no se destinan a la producción debido a la guerra. En Ucrania, se estima que el costo total de los daños y las pérdidas para las empresas agrícolas es de casi 4.000 millones de dólares. En la mayoría de los casos, se trata de pequeños y medianos agricultores sin pólizas de seguro. Repito: no tienen pólizas de seguros. Se trata de millones de familias que estamos sumiendo en la pobreza como consecuencia de la guerra. No hablamos de ello. No lo calculamos. No lo incluimos en la ecuación. Pero es la realidad. En Colombia, en 2011, la Comisión de Seguimiento a la Política Pública sobre Desplazamiento Forzado afirmó que, entre 1980 y julio de 2010, 6,6 millones de hectáreas de tierra habían sido abandonadas o confiscadas como consecuencia del conflicto. Esas estadísticas y toda la información que estoy dando son de acceso público. ¿Qué hemos hecho al respecto? Hemos hecho muy poco, porque no vemos la interrelación y no concedemos prioridad a esas cuestiones como consecuencia de la guerra y los conflictos.

Pasemos ahora a la cuestión del desplazamiento provocado por la guerra y la migración forzosa. El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados ha determinado que hay al menos 108 millones de personas desplazadas por la fuerza, entre ellas 35,3 millones de refugiados y más de 62 millones de desplazados internos

a causa de conflictos y otros factores. De ellos, el 76 % vive en países de ingreso bajo y mediano. Repito: el 76 % vive en países de ingreso bajo y mediano.

Pasamos a la cuestión de la deforestación en zonas de conflicto. En total, en todas las zonas de conflicto evaluadas, la pérdida de masa forestal aumentó un 10 % en 2020. ¿Se mencionó eso en la Conferencia de las Partes en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático? ¿Se ha señalado que la deforestación como consecuencia de las guerras y los conflictos aumentó un 10 % en 2020? Es decir, 3,2 millones de hectáreas. Si se tiene en cuenta la pérdida de biomasa leñosa solo en las zonas tropicales, eso equivale aproximadamente a 1,1 megatoneladas de dióxido de carbono, que supone casi cuatro veces las emisiones totales del Reino Unido en 2020. Esa es la realidad del efecto de los conflictos y las guerras en la deforestación y el clima. ¿Cómo lo incluimos en la ecuación de las emisiones netas de valor cero? ¿Figura en la ecuación? Porque no estamos viendo una disminución de los conflictos y las guerras.

Pasemos a otra cuestión: la degradación de las tierras. Volvamos a Ucrania. La guerra ha destruido tierras de cultivo y cosechas de invierno sin recoger por valor de 2.100 millones de dólares. Ese es el costo: 2.100 millones de dólares en tierras de cultivo y cosechas de invierno sin recoger.

Abordemos ahora la cuestión de la contaminación. Solo en 2019, el ejército de los Estados Unidos emitió 57 millones de toneladas de dióxido de carbono, y la guerra del Iraq generó unas emisiones de dióxido de carbono de más de 141 millones de toneladas en cuatro años. Repito: 141 millones de toneladas emitidas en cuatro años. Ello equivale a 25 millones de automóviles en un año. Estamos hablando de vehículos eléctricos: esa guerra, en cuatro años, fue responsable de emisiones equivalentes a las que producen 25 millones de coches en un año.

Se calcula que la cantidad total de emisiones tras 18 meses de guerra en Ucrania asciende a 150 millones de toneladas de dióxido de carbono, cifra superior a las emisiones anuales de países sumamente desarrollados como Bélgica. Se calcula que, en los primeros 35 días del conflicto entre Israel y Gaza, se vertieron emisiones por un valor aproximado de 60,3 millones de toneladas de carbono equivalente. Algunos analistas prevén que las emisiones totales podrían ascender a la preocupante cifra de 629 millones de toneladas de carbono, en caso de que el conflicto se prolongue durante un año. Repito: 629 millones de toneladas de carbono.

Y esos son conflictos y guerras en su estado actual. Aún no hemos calculado el efecto que ejercerán en el medio ambiente y la alimentación en la fase de reconstrucción. Ese es otro cálculo que debe incluirse en la ecuación. La mayoría de las veces, son los países en desarrollo los que soportan la mayor carga. La cuestión es: ¿vamos a ser lo bastante audaces como para cuantificar esos daños que causan los conflictos y asignarles un valor económico? ¿Vamos a ser lo bastante audaces para abordar hasta el nivel de criminalidad que comporta la creación de esos daños?

Por eso, Guyana considera que se trata de un asunto que compete al Consejo de Seguridad. Se trata de cuestiones de las que se ocupa el Consejo de Seguridad, pero los componentes que constituyen la alimentación y el clima a veces quedan excluidos del análisis global de las repercusiones de la guerra y los conflictos.

No entraré en los trastornos generacionales ni en los desplazamientos de personas. El Secretario General habla a menudo de sus repercusiones. No voy a hablar de la disfuncionalidad que se produce como resultado de los costos sociales y de su efecto, porque la mayoría de las veces los costos sociales devuelven a las personas a una vida de subsistencia. Cuando han utilizado una zona del bosque, se desplazan a otras nuevas y las talan. Todas esas son cuestiones que deben tenerse en cuenta al abordar este asunto.

Por consiguiente, creemos firmemente que debe adoptarse un enfoque muy específico. El Consejo de Seguridad, al abordar las cuestiones del conflicto y la guerra, debe tener en cuenta los efectos consiguientes sobre la seguridad alimentaria y el clima. Esas cuestiones están estrechamente vinculadas con el estado de derecho, la democracia y la gobernanza. Están interconectadas. Por consiguiente, estamos firmemente convencidos de que el Consejo de Seguridad debe esbozar una serie de pasos que deben incluir un análisis completo de los efectos. Del mismo modo que adoptamos medidas para salvaguardar los intereses humanitarios, debemos adoptar medidas en nuestros procedimientos que aborden, cuanto menos, el efecto sobre los alimentos y el clima. Debemos ser lo suficientemente audaces. Tenemos la capacidad para hacerlo. Tenemos la voluntad política. Ahora debemos incorporar medidas en el Consejo de Seguridad para abordar el clima y la alimentación en relación con las guerras y los conflictos.

Vuelvo a asumir las funciones de Presidente del Consejo.

Tiene la palabra el Ministro de Transporte de la República Argelina Democrática y Popular.

**Sr. Cherfa** (Argelia) (*habla en árabe*): En primer lugar, quisiera transmitirle a usted, Presidente de Guyana, Sr. Mohamed Irfaan Ali, los saludos fraternales del Presidente de la República de Argelia, Sr. Abdelmadjid Tebboune. Quisiera expresarles nuestro agradecimiento y reconocimiento por haber convocado esta importante sesión temática para abordar los vínculos complejos e interrelacionados entre el clima, la seguridad alimentaria y los conflictos. También me gustaría dar las gracias al Secretario General de las Naciones Unidas, Sr. António Guterres, por su exhaustiva exposición informativa. Encomio asimismo las valiosas aportaciones del Secretario Ejecutivo de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, Sr. Simon Stiell; la Directora General Adjunta de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, Sra. Beth Bechdol; y la Sra. Jimena Leiva Roesch. A todos ellos les doy las gracias por enriquecer nuestro debate.

No cabe duda de que el cambio climático multiplica en diversos grados las amenazas a las que se enfrentan nuestros Estados. El aumento de las temperaturas, el cambio de los patrones climáticos y la subida del nivel del mar son factores que perturban la producción agrícola, obligan a las personas a desplazarse y exacerbando la competencia por recursos vitales como el agua y las tierras, atizando así los conflictos y la inestabilidad, especialmente en las zonas vulnerables y afectadas por conflictos.

Todo ello repercute negativamente en la estabilidad y la seguridad de los países del Sur y agudiza las disparidades en el crecimiento. En esa línea, nuestros países tratan de encontrar soluciones prácticas que les permitan suministrar alimentos y hacer frente al cambio climático para satisfacer sus necesidades en materia de desarrollo sostenible y evitar que nuestras comunidades entren en una espiral de crisis.

Por ello, Argelia no ha escatimado esfuerzos en promover todas las condiciones que garanticen el desarrollo y la sostenibilidad de sus sistemas alimentarios y de su sector agrícola a nivel nacional. Para ello, ha potenciado los sectores estratégicos, integrado la energía renovable en la producción rural y desarrollado recursos genéticos y cultivos resilientes adaptados al cambio climático. Argelia también está construyendo un cinturón verde, consciente de su impacto positivo en la lucha contra la desertificación y la degradación de las tierras, así como en la reducción de las tormentas de polvo y de arena. Además, ayuda a reducir las emisiones de dióxido de carbono y a mejorar la adaptación al cambio climático.

Debería encomiarse al Consejo de Seguridad por su función, dado que su responsabilidad primordial consiste en mantener la paz y la seguridad internacionales. Al convocar estos importantes debates temáticos, el Consejo genera conciencia pública y hace sonar la alarma en torno a algunas de las cuestiones que plantean una amenaza para la seguridad y la estabilidad internacionales, como la interconexión entre los fenómenos del cambio climático, la seguridad alimentaria y los conflictos.

Como contribución de mi país al importante debate de hoy, la delegación argelina desea proponer las siguientes medidas.

En primer lugar, se deben fomentar mecanismos de prevención y solución de conflictos. Adoptar medidas proactivas que busquen prevenir los conflictos y atacar sus causas profundas resulta crucial para reducir los riesgos y promover la estabilidad a largo plazo.

En segundo lugar, debemos construir comunidades resilientes. Tenemos que invertir en aumentar la resiliencia de las sociedades y los sistemas ecológicos frente a los efectos del cambio climático. Para lograrlo, es preciso apoyar las prácticas agrícolas sostenibles y fomentar la conservación del agua, así como gestionar de manera apropiada los recursos naturales.

En tercer lugar, debemos atacar las causas profundas de la inseguridad alimentaria diagnosticando e identificando los puntos débiles y los desequilibrios en los sistemas de producción y la cadena de suministro. Debemos ocuparnos de esas causas de forma colectiva, en particular mediante un desarrollo económico global que reduzca la pobreza y la desigualdad, y que promueva la buena gobernanza. Se debe promover el acceso de los productos agrícolas de los países del Sur a los mercados internacionales y eliminar las barreras al comercio.

En cuarto lugar, debemos mejorar la cooperación internacional mediante la creación de alianzas multilaterales para compartir conocimientos y recursos, así como apoyar a las organizaciones internacionales, como la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola y el Programa Mundial de Alimentos. También debería reforzarse la cooperación para desarrollar estrategias de adaptación al cambio climático.

En quinto lugar, deben existir mecanismos que permitan a los países en desarrollo en particular recibir un apoyo financiero suficiente y adecuado.

Por último, debemos promover las oportunidades de innovación, la investigación científica y el desarrollo

en materia agrícola en relación con los sistemas de alerta temprana sobre el cambio climático.

Argelia está convencida de que la mejor solución para hacer frente al cambio climático, la inseguridad alimentaria y la inestabilidad en todo el mundo implica respetar el derecho internacional y sus disposiciones, sin discriminación ni dobles raseros. Un ejemplo de ello es la situación trágica que vive el pueblo palestino de la Franja de Gaza. Durante más de cinco meses, ha sido objeto de bombardeos intensos y de la destrucción de todas las instalaciones vitales a manos de la Potencia ocupante. La situación se ha saldado con más de 28.000 mártires y el doble de heridos y desplazados. Los bombardeos arrasaron con todo y provocaron una crisis alimentaria demoledora y un deterioro de la situación ambiental en la región, lo que demuestra el desprecio de la Potencia ocupante por los principios morales más elementales, los marcos humanitarios internacionales y las normas internacionales vinculantes.

Pese a la gravedad de esa situación espantosa, la comunidad internacional permanece impasible ante las violaciones flagrantes, en vez de poner fin a la agresión sionista y a los graves perjuicios que ocasiona a la humanidad, la naturaleza y el medioambiente. Uno de los organismos de socorro humanitario más importantes de las Naciones Unidas es objeto de una campaña sistemática de difamación que busca socavar su credibilidad y agotar las fuentes de financiación que emplea para atender las necesidades básicas de la población.

En ese contexto, Argelia apela a la comunidad internacional, en particular al Consejo de Seguridad, habida cuenta de los poderes amplios que le confiere la Carta de las Naciones Unidas en relación con la paz y la seguridad internacionales, para que asuma sus responsabilidades, ponga fin de inmediato al sufrimiento del pueblo palestino, mejore la situación humanitaria en Gaza y garantice la entrega inmediata, continua y adecuada de asistencia humanitaria a las personas afectadas.

Para concluir, me gustaría recordar una vez más que el cambio climático, la inseguridad alimentaria y los desafíos relacionados con los conflictos exigen compromisos firmes y acciones concertadas de la comunidad internacional. Por su parte, como miembro responsable de la comunidad internacional, Argelia está dispuesta a contribuir a los esfuerzos colectivos con miras a garantizar la paz, la seguridad y la prosperidad para todos.

**El Presidente** (*habla en inglés*): Tiene ahora la palabra el Administrador de la Agencia de Protección Ambiental de los Estados Unidos de América.

**Sr. Regan** (Estados Unidos de América) (*habla en inglés*): Es un honor estar aquí con los participantes. Le doy las gracias, Presidente Ali, por recibirnos hoy y por su liderazgo ejemplar en la lucha contra el cambio climático y la inseguridad alimentaria a través de la Comunidad y Mercado Común del Caribe.

El cambio climático ha dado de qué hablar en la escena mundial durante años y tiene un impacto trascendental, como podemos observar con nuestros propios ojos: sus repercusiones, como las pérdidas de cosechas cada vez más numerosas, la inseguridad hídrica y el aumento de los fenómenos meteorológicos extremos, exacerban la inseguridad alimentaria para muchos y empeoran la inestabilidad para todos. Nadie está exento.

Los que ocupamos un lugar en esta mesa y en este Salón representamos a todos los rincones del planeta. Estoy seguro de que todos los miembros del Consejo saben que el Cuerno de África sufrió el año pasado la peor sequía de su historia. Según estimaciones del Programa Mundial de Alimentos, en la zona de Etiopía, Kenya y Somalia hay más de 23 millones de personas en situación de hambre extrema. Como sabemos, en Somalia, medio millón de personas se han visto obligada a abandonar sus hogares debido a las inundaciones y aproximadamente 4,3 millones se encuentran en una situación de hambre todavía más crítica, lo que agrava los desafíos de ese país en materia de seguridad.

Son solo algunos ejemplos de la incidencia que el cambio climático puede tener en la vida de las personas a escala mundial. Y ningún país, ni siquiera los Estados Unidos, es inmune a ello.

En los Estados Unidos, el número de hogares con un nivel muy bajo de seguridad alimentaria aumentó en 2022, mientras que aproximadamente el 36 % de los hogares estadounidenses con ingresos inferiores al umbral federal de pobreza padecieron inseguridad alimentaria. Estas cifras son sencillamente inaceptables.

Desde mi primer día como Administrador de la Agencia de Protección Ambiental de los Estados Unidos, he destinado decenas de miles de millones de dólares a garantizar que todas las personas —independientemente de su color de piel, la comunidad en la que vivan o el dinero que lleven en el bolsillo— puedan disfrutar de aire limpio para respirar y agua limpia para beber y tengan la oportunidad de llevar una vida saludable.

Las consecuencias del cambio climático y de la inseguridad alimentaria suelen afectar de manera desproporcionada a los más vulnerables de entre nosotros.

Como respuesta a esta situación, hemos establecido tres prioridades interrelacionadas para la transformación del sistema alimentario.

Gracias al liderazgo del Presidente Biden, los Estados Unidos están ayudando a garantizar la seguridad alimentaria y nutricional para todos, abordando las cuestiones de mitigación del cambio climático y la adaptación y estableciendo sistemas alimentarios inclusivos y equitativos que permitan satisfacer las necesidades de las comunidades más vulnerables.

En la 28ª Conferencia de las Partes en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, celebrada en diciembre en los Emiratos Árabes Unidos, tuve el orgullo de presentar nuestra estrategia nacional para reducir la pérdida y el desperdicio de alimentos y reciclar los productos orgánicos.

La pérdida y el desperdicio de alimentos representan el 8 % de las emisiones antropógenas mundiales de gases de efecto invernadero. Cuando se desperdician alimentos, se desperdicia también la oportunidad de nutrir a la población. Cuando se desperdician alimentos, se desperdician también los recursos utilizados para producirlos, procesarlos, distribuirlos y prepararlos. Reducir la pérdida y el desperdicio de alimentos es un objetivo extremadamente importante para nuestro clima y, además, aportará beneficios sociales y económicos, lo que redundará en una mejora de la estabilidad y la seguridad en todo el mundo.

Asimismo, los Estados Unidos colaboran con el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente para ayudar a identificar focos de desperdicio de alimentos en las zonas de rápida urbanización de los países en desarrollo. Al mismo tiempo, es indispensable asegurar el acceso a los alimentos por parte de la población más vulnerable. En ese sentido, los Estados Unidos tienen el honor de financiar más de un tercio del presupuesto del Programa Mundial de Alimentos.

La inseguridad alimentaria está presente en los Estados Unidos, en Guyana, en las zonas rurales y en las zonas urbanas, y el efecto del cambio climático en la disminución de la seguridad alimentaria se aprecia tanto en la tierra como en el mar. Debido a la elevación de las temperaturas y la acidificación del océano, corren peligro fuentes de alimentos cruciales para la economía azul, al igual que las personas que dependen de ellas.

Como dirigentes mundiales, tenemos la responsabilidad de fomentar las condiciones necesarias para que haya más paz y seguridad en el mundo. Nuestro trabajo,

tanto en este Salón como fuera de él, consiste en prevenir y reducir la inseguridad alimentaria, abordando al mismo tiempo el cambio climático y sus repercusiones. Debemos seguir trabajando de consuno para alcanzar nuestros objetivos, sin cejar nunca en ese empeño.

**Sra. Štiglic** (Eslovenia) (*habla en inglés*): Sr. Presidente, permítame felicitarlo por haber asumido la Presidencia del Consejo de Seguridad, así como darle las gracias por haber convocado este debate abierto sobre el apremiante tema del cambio climático y la inseguridad alimentaria. El Consejo tiene un papel fundamental para mejorar la prevención y sostener la paz en un mundo donde el clima está cambiando con gran rapidez. También quiero dar las gracias a los exponentes por haber señalado la complejidad de la interrelación entre cambio climático, seguridad alimentaria y paz.

Los fenómenos meteorológicos extremos inducidos por el cambio climático, como las sequías o las inundaciones, conducen a la escasez de los recursos naturales y a la inseguridad alimentaria. Por lo general, las más afectadas son las comunidades que ya eran frágiles. Eslovenia sigue con gran preocupación la situación de inseguridad alimentaria aguda a la que se ven expuestos millones de habitantes del Cuerno de África debido al cambio climático.

El riesgo de conflicto aumenta con rapidez cuando escasean los alimentos y el agua. El creciente desfase entre la oferta y la demanda de agua podría desembocar en nuevos conflictos en torno a los recursos hídricos, las tierras cultivables y los alimentos, como ya se está viendo en el Sahel.

Por otra parte, los conflictos armados también suelen causar devastación en los sistemas alimentarios. La guerra en el Sudán ha perturbado las cosechas y ha dejado vacíos los mercados de productos alimentarios. En Gaza, la guerra ha devastado la infraestructura hídrica y el medio natural, lo que ha causado un sufrimiento aún más extremo a la población civil, que ya afronta una escasez de alimentos grave. Eslovenia está seriamente preocupada por el impacto de la guerra de Ucrania y sus consecuencias a largo plazo en las cadenas mundiales de suministro de alimentos. Es extremadamente importante que se respete el derecho internacional humanitario y de los derechos humanos.

En último término, los conflictos armados afectan al entorno humano y al medio natural mucho después de se hayan silenciado las armas. La degradación del suelo, la contaminación de las aguas, la destrucción del hábitat y los peligros que plantean las minas terrestres

y las municiones sin detonar dificultan la recuperación y el restablecimiento de los sistemas alimentarios tras las guerras.

El sistema de las Naciones Unidas debe utilizar todas las herramientas a su disposición, en particular la participación plena, igualitaria y significativa de las mujeres, para abordar el cambio climático y la inseguridad alimentaria. Es un requisito fundamental para impulsar un desarrollo inclusivo y sostenible y para mejorar la resiliencia de las sociedades afectadas.

Millones de habitantes del mundo sufren ya con especial gravedad las repercusiones del cambio climático, siendo las mujeres, los niños y los ancianos algunos de los grupos más afectados. En las comunidades más frágiles, comer menos cantidad y después de que hayan comido los demás es una realidad cotidiana para las madres.

El socorro humanitario de emergencia y la cooperación para el desarrollo en el ámbito de la adaptación al clima y la mitigación deben complementarse con el trabajo en pro de la paz y la seguridad. El Consejo de Seguridad tiene también que ejercer su papel.

El cambio climático es el principal desafío de nuestro tiempo. Plantea una amenaza existencial directa para muchos Estados Miembros de las Naciones Unidas y puede ser un factor impulsor de los conflictos. El carácter transfronterizo del cambio climático y de la inseguridad alimentaria exige la respuesta de la comunidad internacional en su conjunto.

Como miembros del Consejo de Seguridad, se nos plantea un difícil desafío: preservar la paz y la seguridad al tiempo que abordamos las cuestiones relacionadas con los efectos del cambio climático que son pertinentes para nuestro mandato. Podemos lograrlo si observamos las situaciones de las que se ocupa Consejo de Seguridad desde una óptica sensible al clima. El mecanismo de seguridad climática y la red de asesores sobre seguridad climática pueden contribuir de manera significativa a ese objetivo.

Además, podemos aprovechar el potencial de las nuevas tecnologías y de los sistemas de alerta temprana. Las imágenes de satélite y la inteligencia artificial, por ejemplo, revolucionaron la predicción de las amenazas climáticas y de sus efectos en la seguridad alimentaria e hídrica y en los patrones de migración para identificar posibles factores desencadenantes antes de que los conflictos se agraven. La prevención es clave.

Como demuestra el presente debate, es muy necesario que el Consejo se ocupe de los efectos adversos del

cambio climático y de la inseguridad alimentaria sobre la paz y la seguridad. Eslovenia está dispuesta a participar en todos esos esfuerzos.

**Sra. Baumann** (Suiza) (*habla en francés*): Desde la creación de las Naciones Unidas, los Estados Miembros han logrado colectivamente importantes avances. Durante largo tiempo, hubo un descenso progresivo de los conflictos y de la inseguridad alimentaria. Lamentablemente, no hemos sabido mantener ese rumbo.

En el último decenio, la inseguridad alimentaria aguda ha aumentado masivamente. A pesar de los objetivos establecidos en la Agenda 2030, casi 800 millones de personas sufren hambre crónica. La causa principal de esta situación son los conflictos, como demuestran el riesgo de hambruna en Gaza y la creciente inseguridad alimentaria en el Sudán.

En otras situaciones de las que se ocupa el Consejo de Seguridad, el cambio climático es un factor de desestabilización. Para promover y consolidar la paz, hay que comprender mejor la interacción entre esas tres dimensiones.

Por ello, el presente debate resulta especialmente oportuno. Damos las gracias a Guyana por habernos reunido en torno a este tema. También queremos dar las gracias al Secretario General, al Secretario Ejecutivo de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, Sr. Stiell, a la Directora General Adjunta de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, Sra. Bechdol, y a la Sra. Leiva Roesch, por sus exposiciones informativas.

Sus declaraciones no dejan lugar a dudas: necesitamos un multilateralismo más fuerte. Aunque el objetivo que nos aún sigue siendo el mismo que hace casi 80 años, el mundo ha cambiado. Los retos están cada vez más interrelacionados. Por ello, tenemos que encontrar nuevas formas de consolidar la paz.

La Nueva Agenda de Paz indica el hilo conductor que debemos seguir: la prevención. Gracias a los avances científicos, se han elaborado diversos sistemas de alerta temprana para la inseguridad alimentaria, los conflictos y las emergencias climáticas. Ahora tenemos que garantizar que puedan operar de consuno. En efecto, los retos interrelacionados requieren sistemas en red que permitan religar los datos. Solo así podremos evitar puntos ciegos en materia de prevención y adoptar medidas que garanticen la seguridad alimentaria a largo plazo.

Asimismo, es necesaria una mejor integración entre los diferentes agentes. Acogemos con agrado la

colaboración entre el Consejo de Seguridad y el sistema de las Naciones Unidas en su conjunto, pero también con las organizaciones regionales como la Unión Africana, las organizaciones económicas regionales, los agentes locales y la ciencia. En esta lógica, Suiza organizó recientemente diálogos sobre el impacto del cambio climático y los conflictos en la seguridad alimentaria con todos esos agentes.

La Nueva Agenda de Paz también propone vías concretas para que el Consejo adopte medidas. Para poder elaborar respuestas adaptadas al contexto, el Consejo debe tener en cuenta el impacto del cambio climático en la paz y la seguridad, por ejemplo encargando a las misiones de las Naciones Unidas que analicen los riesgos asociados al cambio climático. La seguridad alimentaria también debe formar parte de esta ecuación. El Consejo debe igualmente servir de plataforma para la alerta temprana y para movilizar los esfuerzos de la comunidad internacional.

Naturalmente, los conflictos, el hambre y el cambio climático interactúan de forma diferente según el contexto. Esa constatación se deriva de las deliberaciones que tienen lugar en el Grupo Oficioso de Expertos sobre el Clima y la Seguridad, que presidimos junto con Mozambique. Sin embargo, el resultado de ese proceso causal es siempre el mismo: más inestabilidad e inseguridad. Lo estamos viendo en el Sahel, Myanmar y también en Haití.

Para adoptar medidas contra el hambre causada por los conflictos, el Consejo se ha dotado de un fundamento claro al aprobar la resolución 2417 (2018). Como coordinadores en el Consejo, junto con Guyana, tenemos la determinación de facilitar su aplicación. En cuanto al impacto del cambio climático en la seguridad, en diversas resoluciones se han logrado avances caso por caso. Apoyamos la búsqueda de un consenso entre los miembros del Consejo para que pueda dotarse de un marco estratégico de actuación coherente y responsable ante los retos climáticos.

Tenemos las herramientas para fortalecer la prevención. No obstante, requerimos la voluntad política para aprovecharlas. Tal es nuestra obligación frente a la triple lacra de los conflictos, el hambre y el cambio climático.

Habida cuenta de que, como mencionó el Presidente en su declaración, los segmentos de población más vulnerables se ven afectados de manera desproporcionada, debemos hacer todo lo posible para garantizar que se cumpla el derecho internacional. Ante el sufrimiento causado por la violación de esas normas universales, sencillamente no podemos confiar en la resiliencia de la población.

Quiero concluir recordando que los retos interrelacionados requieren respuestas integradas. Al hacer de la prevención una prioridad política, la Nueva Agenda de Paz puede ponernos en el buen camino. La Cumbre del Futuro nos brindará la oportunidad de tomar de consuno ese camino.

**Sr. Hosaka** (Japón) (*habla en inglés*): El Japón elogia encarecidamente la iniciativa del Presidente de celebrar esta importante sesión. También quisiera dar las gracias a los exponentes por sus aportaciones perspicaces.

El cambio climático, la seguridad alimentaria y los conflictos están interrelacionados de forma compleja. En su estrategia de seguridad nacional para 2022, el Japón reconoce claramente que el cambio climático es una cuestión de seguridad que afecta a la existencia misma de la humanidad. El Japón ha planteado la necesidad de que la comunidad internacional despliegue esfuerzos para hacer frente al cambio climático. Esos retos no solo son críticos para los pequeños Estados insulares en desarrollo y otros países vulnerables y en vías de desarrollo, sino que también afectan a la paz y la seguridad internacionales. Por consiguiente, es importante que el Consejo los aborde.

El Consejo de Seguridad debe trabajar con la determinación de no dejar a nadie atrás, para lograr un mundo en el que se proteja y se fortalezca la dignidad humana, tratando riesgos emergentes como el cambio climático, la inseguridad alimentaria y energética y las enfermedades infecciosas, entre otros. No basta con abordar cada riesgo por separado. Estimamos que un enfoque integral, que incluya el fortalecimiento de la resiliencia de la sociedad, es la clave para consolidar y sostener la paz.

Desde esa perspectiva, el año pasado el Japón celebró un debate abierto en el Consejo sobre la consolidación de la paz (véase S/PV.9250), en el que subrayó la importancia de invertir en las personas para fortalecer la resiliencia de la sociedad con vistas a sostener la paz. Además, el mes pasado el Japón copatrocinó, junto con Guyana y Mozambique, una sesión con arreglo a la fórmula Arria sobre la prevención de conflictos. En estas sesiones reconocimos la importancia de prevenir conflictos y sostener la paz a través de un enfoque humanitario, de desarrollo y de nexos con la paz, que incluye necesariamente el empoderamiento de las mujeres, la juventud y las personas vulnerables. El Japón seguirá trabajando denodadamente en esas cuestiones durante nuestra próxima Presidencia en marzo.

Debemos aprovechar al máximo las funciones de las Naciones Unidas para abordar mejor los problemas

que afronta la comunidad internacional. En particular, el Consejo de Seguridad podría hacer un mejor uso de la Comisión de Consolidación de la Paz. La Comisión de Consolidación de la Paz debe seguir ampliando su ámbito de actuación para abarcar asuntos que puedan tener efectos en los conflictos, como los que se derivan del cambio climático y la inseguridad alimentaria, y formular de forma activa recomendaciones al Consejo.

Como coordinador oficioso entre el Consejo de Seguridad y la Comisión de Consolidación de la Paz este año, el Japón no escatimará esfuerzos para mejorar la colaboración estrecha entre ambas entidades con vistas a mantener la paz y la seguridad de forma más eficaz y sostenible.

En mayo, publicamos la Declaración de Acción de Hiroshima para una Seguridad Alimentaria Mundial Resiliente, junto con países que representan a diversas regiones de todo el mundo. Esa Declaración constituye una guía integral para responder a la crisis actual de la seguridad alimentaria, así como para establecer una agricultura y unos sistemas alimentarios más sostenibles y resilientes a mediano y largo plazo.

A este respecto, insistimos una vez más en que los enfoques integrales serían más eficaces para frenar el aumento de los riesgos generados por el cambio climático y romper los círculos viciosos que generan otros riesgos. Basándose en esta perspectiva, el Japón ha seguido apoyando todos los esfuerzos para reducir las emisiones y aumentar la resiliencia climática, incluso ayudando a los países en desarrollo a mitigar el cambio climático y adaptarse a este. Por ejemplo, para financiar la acción climática, nos hemos comprometido a movilizar hasta 70.000 millones de dólares, provenientes de los sectores público y privado durante un período de cinco años hasta 2025, con el fin de apoyar a los países en desarrollo en la lucha contra el cambio climático. Esperamos que ello contribuya a paliar los efectos del cambio climático, impidiendo que repercutan en la inseguridad alimentaria, y coadyuve a reducir la incidencia de los conflictos o su recrudecimiento.

Como ya he mencionado, el Japón asumirá la Presidencia del Consejo el próximo mes. Seguiremos contribuyendo activamente a la consecución de una paz y estabilidad sostenibles, sobre la base del principio fundamental de que los derechos humanos y la dignidad humana revisten la máxima importancia.

**Sr. Afonso** (Mozambique) (*habla en inglés*): Mozambique encomia encarecidamente a la Presidencia de Guyana por haber convocado el crucial debate abierto de alto nivel de hoy sobre los efectos del cambio climático

y de la inseguridad alimentaria en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales.

Tengo el honor de transmitirle, Sr. Presidente, los calurosos saludos del Presidente Filipe Jacinto Nyusi, de Mozambique, como Presidente de la República Cooperativa de Guyana y del Consejo de Seguridad. Nos congratulamos de su participación y liderazgo en este debate. Es un testimonio de la importancia que Guyana concede al tema del cambio climático, desafío mundial para la paz y la seguridad internacionales. Rendimos homenaje a la Presidencia de su país por haber dirigido el difícil programa de trabajo del Consejo de Seguridad durante este mes de febrero. Asimismo, damos las gracias al Secretario General por su esclarecedora declaración sobre el tema. Agradecemos al Secretario Ejecutivo de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, Sr. Simon Stiell, a la Directora General Adjunta de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, Sra. Beth Bechdol, y a la exponente de la sociedad civil, Sra. Jimena Leiva Roesch, por sus importantes exposiciones informativas que ha presentado al Consejo.

Todos somos conscientes de que el cambio climático agrava la inseguridad alimentaria y genera disrupción social y desplazamientos. Como consecuencia, el número de personas que sufren inseguridad alimentaria aguda ha aumentado de manera considerable, lo que pone de relieve la interconexión entre el clima, los conflictos y los sistemas alimentarios. La interacción entre estas cuestiones crea un desafío grave para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. De hecho, es uno de los desafíos más acuciantes que afronta hoy la comunidad mundial. En Mozambique, somos testigos de los efectos desproporcionados del cambio climático y de la inseguridad alimentaria en nuestra propia población. Al igual que Mozambique, los países más vulnerables de África y los pequeños Estados insulares se han visto amenazados gravemente por fenómenos meteorológicos y catástrofes. Nuestros países se enfrentan a graves desafíos de seguridad y desarrollo, en particular con respecto a la seguridad alimentaria y a la aparición cíclica de fenómenos extremos. Los fenómenos naturales que les afectan exacerbaban las tensiones y los conflictos entre las comunidades, y tienen efectos desproporcionados en las mujeres y los niños.

En ese contexto, Mozambique se asocia a esas voces e iniciativas, como se refleja en las resoluciones 2349 (2017) y 2417 (2018). Nos piden que redoblemos nuestros esfuerzos colectivos para promover una mayor comprensión de los vínculos entre el clima y la paz y la seguridad. En nuestra opinión, esto es fundamental para

promover una comprensión común sobre la necesidad de una mejor coordinación de las respuestas y soluciones. Tenemos que cambiar el paradigma de las percepciones sobre el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales a escala mundial para que nuestros pueblos y sus derechos sean respetados y protegidos frente a las situaciones de conflicto.

Combatir de manera eficaz contra los efectos del cambio climático y buscar perspectivas para reducir la inseguridad alimentaria son desafíos mundiales cruciales que deben abordarse colectivamente, con sentido de urgencia y responsabilidad. A este respecto, elogiamos la reciente decisión adoptada en el contexto del 28º período de sesiones de la Conferencia de las Partes en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, por la cual el mundo subrayó la importancia de abordar con seriedad el cambio climático proporcionando apoyo financiero y técnico a las naciones más vulnerables para que puedan responder a los desafíos que plantea la adaptación. Por lo tanto, consideramos que la cooperación entre los distintos órganos, organismos y programas de las Naciones Unidas, incluido el Consejo de Seguridad, reforzará nuestra capacidad para hacer frente al cambio climático y a la inseguridad alimentaria, con el fin de alcanzar el noble objetivo de mantener la paz y la seguridad internacionales.

Mozambique desea subrayar que al abordar los riesgos de seguridad relacionados con el clima, es preciso adoptar un enfoque holístico que, entre otras cosas, debe tener en cuenta las dimensiones ambiental, económica, social y política de manera integrada. Tenemos la responsabilidad colectiva de salvaguardar la paz y la seguridad frente a los desafíos climáticos. Al reconocer la interconexión de esos desafíos, podemos trabajar para encontrar soluciones sostenibles, que promuevan la resiliencia, la equidad y la estabilidad a escala mundial. Consideramos que todos los órganos de las Naciones Unidas tienen el deber de trabajar de consuno en pro de este objetivo común. Con arreglo al tenor del Preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas, así es como podemos “emplear un mecanismo internacional para promover el progreso económico y social de todos los pueblos”.

**Dame Barbara Woodward** (Reino Unido) (*habla en inglés*): Le agradezco, Sr. Presidente, la organización de este debate, y doy las gracias a los exponentes por sus exposiciones informativas, en las que se ha hecho hincapié en la interdependencia del clima, la seguridad y la paz.

El cambio climático, la degradación del medio ambiente y la pérdida de biodiversidad exacerbaban los

conflictos, contribuyen a la inseguridad alimentaria mundial y ponen en peligro la paz y la seguridad internacionales. Como ha dicho antes el Secretario Ejecutivo Stiell, cuantas menos medidas se adopten para hacer frente al cambio climático, más conflictos encontrará el Consejo de Seguridad en su agenda. Quienes se ven afectados por conflictos o afrontan graves necesidades humanitarias suelen ser aquellas personas que cuentan con menos recursos para adaptarse a las crisis climáticas y medioambientales.

Para abordar esos retos interrelacionados se requiere una respuesta internacional coordinada. A ese respecto, presento tres enfoques.

En primer lugar, actuamos con prontitud para prevenir y solucionar las crisis de seguridad alimentaria. Este fue un tema clave de la Cumbre Mundial sobre Seguridad Alimentaria del año pasado, copatrocinada por el Reino Unido, los Emiratos Árabes Unidos y Somalia, en la que el Reino Unido anunció su nuevo Fondo de Resiliencia y Adaptación para contribuir a la adaptación al clima y aumentar los enfoques anticipatorios. También debemos aprovechar los éxitos del 28° período de sesiones de la Conferencia de las Partes en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático y aumentar la financiación climática a los Estados frágiles y afectados por conflictos. El Reino Unido respaldó la declaración de los Emiratos Árabes Unidos sobre la agricultura sostenible, los sistemas alimentarios resilientes y la acción climática, y se comprometió a destinar 126 millones de dólares para ayudar a los países vulnerables a hacer frente al cambio climático, incluido el apoyo a los sistemas de alerta temprana y la financiación para el riesgo de catástrofes.

En segundo lugar, invertimos en innovación para aumentar la producción de alimentos sostenibles y resilientes al clima. Los beneficios de los avances científicos también deben ser accesibles a todos, especialmente a los pequeños agricultores, cuya difícil situación ha destacado antes el Presidente. El Reino Unido impulsa los avances científicos en alimentación y agricultura, entre otras cosas a través de la Organización del Sistema del CGIAR y de la Iniciativa Gilbert.

Por último, apoyamos a los agentes humanitarios, para el desarrollo, de consolidación de la paz y climáticos para que adopten un enfoque holístico e integrado de la resiliencia, el desarrollo, la seguridad y el cambio climático. Como ha señalado antes el Presidente, debemos asegurarnos colectivamente de que las repercusiones climáticas actuales y previstas estén plenamente

contempladas en las evaluaciones del riesgo de conflictos. Y debemos centrar la labor climática en los países frágiles y afectados por conflictos de manera que se aborden las causas de la crisis, garantizando al mismo tiempo que en la financiación para el clima se tengan en cuenta los conflictos.

El sistema de las Naciones Unidas, incluido su marco de asesores en seguridad climática, está bien posicionado para coordinar los esfuerzos en materia de clima, seguridad alimentaria y paz. El Consejo puede apoyarlo fomentando una respuesta coherente e integrada, en particular en el marco de los mandatos del Consejo.

El número de participantes en el debate de hoy pone de manifiesto la preocupación que tienen los miembros de las Naciones Unidas por la amenaza que esos retos interrelacionados suponen para la paz y la seguridad internacionales. Corresponde al Consejo responder a esos retos.

**Sr. Kanu** (Sierra Leona) (*habla en inglés*): Tengo el gran honor de transmitir los más sinceros y profundos sentimientos del Presidente Julius Maada Bio y de felicitar a Guyana por haber asumido la Presidencia del Consejo de Seguridad, así como por su excelente dirección del Consejo durante este mes. Le doy las gracias, Sr. Presidente, por haber organizado este debate abierto de alto nivel sobre el efecto del clima y la inseguridad alimentaria en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. Permítaseme también darle las gracias por las reflexiones que ha hecho en representación de su país. Me sumo a los miembros del Consejo para dar las gracias al Secretario General por su aleccionador e importante exposición informativa y por su liderazgo en esta cuestión. Permítaseme también dar las gracias al Sr. Simon Stiell y a las Sras. Beth Bechdol y Jimena Leiva Roesch por sus valiosas e informativas exposiciones informativas.

No solo debe hablarse del cambio climático y la inseguridad alimentaria en contextos medioambientales y humanitarios, sino que también debe tenerse en cuenta que constituyen una amenaza emergente para la paz y la seguridad internacionales. Permítaseme destacar en esta declaración el carácter transregional de los efectos del cambio climático y la inseguridad alimentaria en África a fin de poner claramente de relieve la amenaza que se cierne sobre la paz y la seguridad internacionales.

Las pruebas científicas son cada vez más claras. El cambio climático está alterando nuestro planeta a un ritmo alarmante, provocando un aumento de las temperaturas, fenómenos meteorológicos extremos y alteraciones de los ecosistemas. Esos cambios tienen

consecuencias de largo alcance, y uno de los retos más acuciantes a los que nos enfrentamos es la amenaza a la seguridad alimentaria. A medida que se intensifican las perturbaciones relacionadas con el clima, es más posible que los sistemas agrícolas fallen, lo que agrava los problemas existentes y crea nuevos focos de conflicto. El nexo entre el cambio climático, la inseguridad alimentaria y los conflictos es evidente en varias regiones del planeta. El cambio de las pautas meteorológicas altera las prácticas agrícolas tradicionales, provocando la pérdida de cosechas, la escasez de agua y el desplazamiento de comunidades. Ante semejantes retos, la competencia por unos recursos cada vez más escasos suele agravar las tensiones, aumentando el riesgo de conflicto dentro de las naciones y entre ellas.

Desde el Cuerno de África hasta el Sahel, existen pruebas de los vínculos entre, por un lado, los efectos adversos del cambio climático en los medios de subsistencia y, por otro, el aumento del riesgo de conflictos. El tipo más común de riesgo de conflictos vinculado al aumento de la inseguridad de los medios de subsistencia es el que se da entre agricultores y pastores por el acceso a los recursos, las zonas de pastoreo, las tierras agrícolas y el agua, como también ha afirmado la representante de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura.

En el Sahel, el cambio climático afecta de forma desproporcionada a 50 millones de personas que dependen de la agricultura y la ganadería, mientras que el deterioro de los medios de subsistencia ha aumentado el riesgo de conflictos entre agricultores y ganaderos por la disminución de los recursos de la región. A medida que las sequías y las inundaciones, cada vez más frecuentes, agravan la inseguridad de los medios de subsistencia, los agricultores y los ganaderos recurren ahora a la violencia para proteger los recursos de que disponen o conseguir otros nuevos. Algunos factores como la capacidad de gestión de controversias, la legitimidad de las instituciones del estado de derecho y la disponibilidad de armas ligeras influyen en la magnitud de la violencia.

Como se ha señalado, el hambre en el mundo es un problema de alcance mundial. Una combinación de factores, como las hambrunas, los efectos de los conflictos armados, el cambio climático y las desigualdades mundiales, se han convertido en las principales causas de la inseguridad alimentaria en nuestro mundo y han empujado a millones de personas al borde de la inanición. Este escenario se caracteriza por un número sin precedentes de personas desplazadas por los conflictos, los fenómenos meteorológicos catastróficos y los desastres

naturales. Muchas personas no logran obtener los suficientes alimentos debido a la hambruna o a los conflictos. Se calcula que aproximadamente un 70 % de los países que padecen inseguridad alimentaria son también países frágiles. Según *Global Report on Food Crises 2023*, en África Occidental y el Sahel y algunas partes de África Central, los niveles de inseguridad alimentaria aguda durante el período de escasez de junio a agosto de 2023 se estimaban entre los más altos registrados debido al empeoramiento de los conflictos y la inseguridad, en particular en la zona central del Sahel y la cuenca del lago Chad. Otros casos se han caracterizado por el aumento de las perturbaciones económicas, como la inflación generalizada y la depreciación de la moneda.

A la luz de lo anterior, Sierra Leona está plenamente convencida de que es necesario adoptar las siguientes medidas, entre otras, para hacer frente al cambio climático y a la inseguridad alimentaria, y así mantener la paz y la seguridad internacionales.

En primer lugar, resulta imprescindible integrar el clima y la seguridad alimentaria en la prevención de conflictos. Para ello, pueden llevarse a cabo evaluaciones del riesgo para identificar las regiones vulnerables a los conflictos provocados por el clima, como el Sahel. También debería facilitarse el diálogo y la cooperación entre las comunidades que compiten por los recursos y apoyarse los esfuerzos de mediación y solución de conflictos en las regiones afectadas por el clima. Eso también implica tratar los agravios subyacentes que pueden verse exacerbados por el cambio climático.

En segundo lugar, debemos invertir en mecanismos de solución de conflictos e iniciativas de consolidación de la paz y, al mismo tiempo, fomentar la cooperación regional y la acción colectiva en materia climática y de seguridad alimentaria.

En tercer lugar, es necesario invertir en prácticas agrícolas resilientes al clima, como los cultivos resistentes a la sequía, el riego eficiente en el uso del agua y la agrosilvicultura. Además, los Estados Miembros deben apoyar el establecimiento de sistemas de alerta temprana sobre episodios meteorológicos extremos. Asimismo, debe prestarse asistencia para reubicar a las comunidades que vivan en zonas propensas a sufrir catástrofes climáticas. Esto coincide con el enfoque multidimensional y sistémico integral.

En Sierra Leona, hemos reconocido que las técnicas sostenibles e inteligentes desde el punto de vista climático son esenciales para un sistema alimentario resiliente. A ese respecto, en el marco del programa Feed Salone,

promovemos técnicas agrícolas que mejoran la fertilidad de los suelos y la retención de agua, diversifican la producción de cultivos y fomentan la producción de variedades resistentes al clima. El propósito principal del programa Feed Salone es impulsar la productividad agrícola para fomentar el crecimiento inclusivo; aumentar la disponibilidad de alimentos inocuos y nutritivos de producción local, así como el acceso a ellos; disminuir nuestra dependencia de las importaciones de alimentos; reducir el hambre; aumentar los ingresos de exportación; crear puestos de trabajo; y construir un sistema alimentario resiliente.

Permítaseme concluir señalando que el Consejo de Seguridad tiene un papel crucial que desempeñar al abordar las amenazas interrelacionadas del cambio climático, la inseguridad alimentaria y sus consecuencias para la paz y la seguridad internacionales. El Consejo de Seguridad ya ha aprobado documentos en los que se reconocían los riesgos para la seguridad que plantean el cambio climático y la inseguridad alimentaria y se instaba a los Estados Miembros a pasar a la acción. Su labor debe seguir reflejando los cambios de circunstancias y de situaciones. Por último, el Consejo Económico y Social y los fondos, programas y organismos especializados pertinentes de las Naciones Unidas, aprovechando su experiencia en materia de desarrollo sostenible, cuestiones humanitarias y derechos humanos, pueden ofrecer exposiciones informativas periódicas ante el Consejo de Seguridad para brindarle información que lo ayude al ocuparse de las posibles repercusiones que el cambio climático y la inseguridad alimentaria tienen para la seguridad.

**Sra. Broadhurst Estival** (Francia) (*habla en francés*): Le doy las gracias, Sr. Presidente, y lo felicito por haber tomado la iniciativa de convocar este debate sobre el tema del clima, la seguridad alimentaria y los conflictos. Se trata de una cuestión que, en efecto, es esencial abordar en el seno del Consejo de Seguridad. Yo también quisiera agradecer a los exponentes por sus presentaciones, que han proporcionado una gran cantidad de información.

Como todos sabemos, el cambio climático agrava los contextos de fragilidad y suele ser una de las causas profundas, y a veces inmediatas, de los conflictos armados. Esos conflictos también constituyen la principal causa de las crisis alimentarias. Además, tienen costos en términos de impacto medioambiental, cambio climático y pérdida de biodiversidad. De los 20 países más afectados por los conflictos en el mundo, 12 se encuentran entre los más vulnerables a los efectos del cambio

climático, mientras que 9 de los 10 países más sensibles a esos riesgos padecen inseguridad alimentaria. La estabilidad, la paz, la seguridad, la seguridad alimentaria y el cambio climático tienen vínculos intrínsecos. Nadie puede ni debe seguir ignorando esa realidad. Por eso reviste suma importancia que el Consejo aborde con seriedad esa serie de causas y consecuencias.

El Consejo está muy al tanto de que la guerra de agresión de Rusia contra Ucrania ha exacerbado en gran medida la crisis alimentaria mundial. Rusia, al intentar bloquear el paso de productos alimenticios y al saquear el sistema agrícola ucraniano, perjudica a los países que más sufren esta crisis alimentaria. Como también sabe el Consejo, aún estamos muy lejos del objetivo que nos fijamos en la resolución 63/281 de la Asamblea General, de 2009, en la que se instaba a las Naciones Unidas a redoblar los esfuerzos para hacer frente a las repercusiones del cambio climático en la paz y la seguridad internacionales. También resulta imperioso que apliquemos plenamente la resolución 2417 (2018). Ya no es momento de hablar, sino de pasar a la acción, lo cual requiere la movilización completa del Consejo. Este debe ser capaz de evaluar, anticipar y prevenir mejor los efectos del cambio climático en la paz y la seguridad internacionales, sobre todo en materia de seguridad alimentaria. También debemos pedir sistemáticamente a todas las partes en conflictos que respeten el derecho internacional humanitario, el cual prohíbe el uso del hambre como arma de guerra.

Por mi parte, quisiera presentar tres propuestas.

En primer lugar, el Consejo debe contar con información detallada sobre el impacto de las crisis climáticas y los conflictos en la situación alimentaria de las regiones más vulnerables. Pedimos en particular a los Representantes Especiales del Secretario General que nos transmitan información precisa durante sus exposiciones informativas y que presenten recomendaciones de medidas específicas para determinadas zonas, en particular para África, donde se están materializando proyectos ambiciosos en la materia, como la Iniciativa de la Gran Muralla Verde.

En segundo lugar, el Consejo debe poner mayor énfasis en la prevención de riesgos. Debemos reforzar también los mandatos de las misiones de las Naciones Unidas para que puedan respaldar a los países más vulnerables en la evaluación y la gestión de riesgos, y proponer acciones concretas.

Por último, debemos continuar apoyando la labor de las Naciones Unidas sobre el terreno. Los asesores

sobre el clima, la paz y la seguridad desplegados en determinadas misiones de las Naciones Unidas desempeñan una función extremadamente útil. Acompañan a los países en el refuerzo de sus capacidades de evaluación y gestión de riesgos, y trabajan para reforzar las alianzas con los actores locales y regionales. Francia está trabajando en ese sentido, en particular ofreciendo apoyo a la Oficina Regional de las Naciones Unidas para África Central. Por otra parte, alentamos a las Naciones Unidas a que, junto con los países que aportan contingentes, sigan aplicando estrategias ambientales dentro de las mismas operaciones de mantenimiento de la paz.

Hacemos un llamamiento a los Estados Miembros para que se sumen a los esfuerzos colectivos adhiriéndose al mecanismo de seguridad climática, un mecanismo interinstitucional cuyo objetivo es integrar el cambio climático de forma transversal en las diferentes actividades de las Naciones Unidas vinculadas a la paz y la seguridad, mediante un enfoque centrado en las necesidades sobre el terreno. Francia participa de forma activa en esa iniciativa.

Debemos actuar juntos y sin demora en todas esas direcciones e intensificar nuestros esfuerzos colectivos para aplicar el Acuerdo de París y estar a la altura del desafío climático. En ese sentido, el Ministro de Europa y Relaciones Exteriores de Francia promoverá una diplomacia climática ambiciosa en favor de nuestro desarrollo, de la paz y la seguridad y de nuestra supervivencia colectiva.

**Sr. Nebenzia** (Federación de Rusia) (*habla en ruso*): Sr. Presidente, nos complace darle la bienvenida al puesto de la Presidencia del Consejo de Seguridad. Quisiéramos dar las gracias al Secretario General por su exposición informativa. Hemos escuchado con atención a los demás exponentes.

Hoy tenemos la oportunidad de debatir cómo es posible que, en 2024, en algunos países se proclame el triunfo de tecnologías avanzadas, se intensifique la competencia por los indicadores del producto interno bruto y se debatan cuestiones relacionadas con la inteligencia artificial, mientras que, en otros, millones de personas sigan padeciendo el problema atroz y milenar del hambre, que se remonta a los capítulos más oscuros de la historia de la humanidad.

Todos los presentes conocen bien la posición de Rusia sobre la inexistencia de una relación directa entre el ámbito de las cuestiones climáticas y socioeconómicas y el mandato del Consejo de Seguridad, que tiene como elemento principal el mantenimiento de la paz y

la seguridad internacionales. Consideramos que esas cuestiones se abordarían de manera más productiva en foros especializados, si bien somos conscientes de la importancia que tienen para los Estados en desarrollo y para el Sur Global, razón por la cual hoy estamos dispuestos a examinar desde una óptica política las verdaderas causas profundas de los problemas que afrontan las poblaciones de los países en desarrollo. Ahora bien, no deberían abordarse de una manera genérica, sino asociándolas a situaciones específicas de países y regiones y teniendo en cuenta todos los aspectos y las causas subyacentes de los conflictos.

Nuestros colegas occidentales hablan mucho del cambio climático, las estructuras tecnológicas, el riesgo de perturbación en las cadenas de suministro alimentario, la inversión en desarrollo y otros temas de moda que, además, son convenientes para la narrativa occidental. Ahora bien, pensemos un poco. ¿Realmente los habitantes del Sur Global vivían mejor hace 50 o 70 años, antes de que nadie hablase del cambio climático? No es muy probable. Por aquel entonces, en los albores de las Naciones Unidas, el mundo en desarrollo, que durante siglos sufrió el saqueo del Occidente “civilizado”, empezaba a liberarse de las cadenas del colonialismo y se sentía esperanzado por la apertura de un nuevo capítulo de la historia en el que no habría lugar para la explotación de sus recursos soberanos ni para los dictados políticos de las Potencias coloniales. En aquel tiempo, la Unión Soviética, que defendía los ideales de la justicia social y económica, hizo una importante contribución a esos movimientos de liberación nacional que aún hoy es recordada con gratitud en muchos países del mundo.

Hace siete decenios, se prometió a los nuevos Estados Miembros de las Naciones Unidas el derecho a conseguir su soberanía, determinar su propio destino y establecer sus propios sistemas políticos y económicos de un modo que reflejara los intereses de sus pueblos. El deber de la comunidad internacional, y en primer lugar de las antiguas Potencias coloniales, era ayudar a los nuevos miembros de la comunidad internacional a valerse por sí mismos, así como hacer todo lo posible para compensarlos por los daños causados en varios siglos de explotación colonial. ¿Se han hecho realidad esas esperanzas? Lamentablemente, no. Occidente nunca ha reconocido su culpa histórica por los siglos de colonialismo; o, sencillamente, por su opresión de los pueblos de África, Asia, América Latina y el Caribe. No ha habido ninguna política sistemática y genuina de reparación por los perjuicios causados a su desarrollo. Las antiguas Potencias coloniales tomaron otro camino. Siguieron desviando recursos

de sus antiguas colonias y utilizando la presión y el chantaje políticos —lo que hipócritamente denominan “relaciones bilaterales especiales”— para imponer su propia visión del desarrollo, explotando las ventajas financieras y tecnológicas que ofrecen.

Aunque el colonialismo es oficialmente cosa del pasado, en realidad sus manifestaciones más aborrecibles han seguido floreciendo hasta hoy. Nos referimos, entre otras, a la explotación de los recursos naturales soberanos por parte de compañías transnacionales occidentales, la conversión de territorios de países en desarrollo en escenario de contienda geopolítica y, en ocasiones, incluso la agresión militar directa contra países soberanos poco cooperadores, con el objetivo de destruir su condición de Estado. Eso es precisamente lo que hemos visto en Yugoslavia, en Libia, en el Afganistán, en el Iraq y en Siria. Las coaliciones militares anglosajonas actúan como caudillos en los antiguos territorios bajo mandato, olvidándose de que estamos en 2024 y no en 1904 y de que están tratando con Gobiernos soberanos que tal vez tengan su propio punto de vista sobre los procesos que tienen lugar en la región.

Así pues, son las prácticas neocoloniales la verdadera causa de los problemas socioeconómicos a los que se enfrenta el mundo en desarrollo. Al fin y al cabo, según las estimaciones de las Naciones Unidas, técnicamente en el mundo no hay una escasez extrema de alimentos. El problema es la desigualdad de la distribución, con acumulación de excedentes en Occidente y escasez en el mundo en desarrollo. El segundo motivo, como dicen los economistas, es la fijación de los precios de mercado, en el que los mayores productores agroindustriales se benefician del mantenimiento de precios elevados. En este contexto, Occidente, culpando de manera indiscriminada y tramposa a Rusia por la crisis alimentaria mundial, pasa por alto el hecho de que las grandes corporaciones occidentales son las principales beneficiarias del aumento de los precios de los alimentos. Estamos hablando de las llamadas cuatro grandes —las empresas estadounidenses Archer Daniels Midland, Bunge y Cargill y la holandesa Louis Dreyfus Company—, que contabilizan entre el 75 % y el 90 % del comercio mundial en el complejo agroindustrial. Sus filiales en Ucrania, de manera directa o a través de intermediarios, son dueñas de más de 17 millones de los 32 millones de hectáreas de tierra cultivable del país y se han aprovechado de la situación de crisis para comprar a bajo precio una superficie creciente de tierra agrícola ucraniana. Según la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, en el curso de los años

los mercados alimentarios mundiales han ido creando una asociación sistémica entre las grandes compañías agrícolas y los operadores de bolsa occidentales, quienes se las han ingeniado para elevar artificialmente los precios. Es por ello que estas crisis alimentarias tienen un carácter en gran medida especulativo.

Volvamos a preguntarnos por qué, frente a los beneficios astronómicos que obtiene el complejo agroindustrial occidental, la amenaza del hambre golpea con más fuerza a los países en desarrollo con una población en crecimiento. El motivo es que, en el pasado, los colonizadores occidentales los configuraron deliberadamente con el fin de obtener los máximos beneficios para las Potencias coloniales, en lugar de asegurarse de que fueran capaces de alimentar a sus propias poblaciones. La inmensa mayoría de los países, en particular en África, donde en estos momentos la situación de la seguridad alimentaria sigue una evolución alarmante, poseen suficientes tierras fértiles para consolidar su propia soberanía alimentaria. La Oficina del Asesor Especial del Secretario General para África así lo ha subrayado en reiteradas ocasiones.

En los últimos cinco años, los donantes han asignado solamente el 4 % de los fondos necesarios para el apoyo a la agricultura, aunque hoy hemos oído hablar, y seguiremos oyendo hablar, de las grandes contribuciones de los donantes. Sin embargo, en lo que respecta a la rentabilidad de esas contribuciones, las quejas de los países beneficiarios han ido en aumento. Las delegaciones occidentales nos bombardean sin parar con las cifras de la asistencia humanitaria que prestan a los países en desarrollo. No nos corresponde a nosotros, sino más bien a los Estados que sufrieron las consecuencias, juzgar si ello basta para compensar los daños causados por varios siglos de crueles políticas coloniales de saqueo de los recursos naturales y explotación de las poblaciones.

Quiero señalar también que el volumen de la ayuda proporcionada por los Estados Unidos y sus aliados a los países del Sur Global palidece en comparación con lo que Occidente lleva gastado en menos de dos años en armas para la guerra subsidiaria contra Rusia que ha decidido librar hasta que caiga el último ucraniano, cifra que, según los cálculos más conservadores, asciende a 200.000 millones de euros. Es así a pesar de que la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios solicitó 55.000 millones de dólares a los donantes para la totalidad de las operaciones humanitarias de 2023 y hasta el momento solamente se han asignado 22.400 millones. Imaginemos todo lo que se podría conseguir en el mundo si los Estados Unidos y sus aliados dedicaran dinero

a la asistencia para el desarrollo con la misma facilidad con la que patrocinan guerras en todo el mundo.

No obstante, ahora mismo queremos señalar otra cosa. Pese a todas las nobles consignas, la asistencia ofrecida por los donantes de los países occidentales está siempre sujeta a condiciones y a requisitos políticos. Son ejemplos claros la utilización de la ayuda humanitaria y la imposición de crueles medidas coercitivas unilaterales para chantajear al pueblo sirio, así como la decisión de los donantes occidentales de suspender, con pretextos políticos, la financiación del Organismo de Obras Públicas y Socorro de las Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en el Cercano Oriente, en el contexto de la terrible catástrofe humanitaria de Gaza. En ese sentido, quisiéramos hacer hincapié en otra amenaza para la seguridad alimentaria mundial, como es la de las sanciones unilaterales ilegales que los países occidentales, y en primer lugar los Estados Unidos, han decidido imponer y que afectan a la población de Estados donde los dirigentes aplican políticas autónomas e independientes que, por eso mismo, no son del agrado de Washington. Los legisladores estadounidenses están a punto de aprobar un proyecto de ley con el cínico nombre de “Ley de Agricultura No Rusa” con el fin de disminuir la llamada “dependencia” de terceros países de los alimentos rusos. De aprobarse, la iniciativa, que ya se ha aprobado en la Cámara de Representantes, tendrá una vigencia de cinco años. Ello no hace sino confirmar el hecho de que los Estados Unidos y sus satélites no tienen intención de abandonar sus métodos neocolonialistas.

Quiero decirles a mis colegas de los países en desarrollo que no se dejen engañar. Los hábitos y los métodos de las antiguas potencias coloniales no han cambiado, solo ha cambiado su “envoltorio”. Por cada dólar gastado supuestamente en ayuda, exigirán a los países en desarrollo que sacrifiquen su soberanía e independencia política. Muchos Estados de África ya lo han experimentado por sí mismos de forma sorprendente, y no desean tolerar esas exacciones.

Rusia nunca ha considerado África, Asia o América Latina un lugar para sacar provecho. A pesar de todos los obstáculos que nos imponen los Estados Unidos y sus aliados, hemos ayudado, aún estamos ayudando y seguiremos ayudando gratuitamente a los necesitados de todo el mundo. La Federación de Rusia ha asumido la obligación de distribuir ayuda, ya sea financiera o en especie, a través de canales bilaterales y multilaterales, y la estamos cumpliendo. Solo a través del Programa Mundial de Alimentos, en los últimos cinco años hemos proporcionado ayuda a 30 Estados de diversas partes del mundo por valor

de más de 300 millones de dólares. Hemos acumulado una experiencia considerable prestando asistencia técnica a países en desarrollo en el ámbito de la creación e implantación de sistemas nacionales de comidas escolares. El Programa Mundial de Alimentos es nuestro principal asociado internacional en este ámbito desde hace más de 13 años. Hasta la fecha, hemos ejecutado una serie de proyectos de este tipo por valor de más de 120 millones de dólares en Armenia, Kirguistán, Tayikistán, Camboya, Laos, Sri Lanka, Nicaragua y Cuba. Desde 2017 hasta la actualidad, también junto con el Programa Mundial de Alimentos, llevamos a cabo el proyecto “Deuda por desarrollo” en Mozambique, con un presupuesto de 40 millones de dólares. Conforme a una decisión del Presidente ruso, adoptada durante la segunda Cumbre Rusia-África de 2023, ya se han entregado gratuitamente 200.000 toneladas de cereales en concepto de asistencia alimentaria a Burkina Faso, Zimbabwe, Malí, Somalia, la República Centroafricana y Eritrea.

Además de la ayuda para el desarrollo, en los últimos años Rusia ha reforzado proactivamente su soberanía alimentaria y ha incrementado notablemente sus exportaciones de alimentos a los mercados mundiales. En 2023, esto ya se tradujo en la reducción del índice mundial de precios de los alimentos, que calcula la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura. Hemos contribuido a mitigar la crisis alimentaria no de palabra sino con hechos. A pesar de la presión sin precedentes a la que estamos sometidos debido a las sanciones, seguimos siendo un proveedor de cereales escrupuloso, que ofrece a sus asociados productos de gran calidad a precios atractivos.

**Sr. Zhang Jun** (China) (*habla en chino*): Sr. Presidente: Permítame comenzar dándole las gracias por venir a las Naciones Unidas a presidir esta reunión de alto nivel. Doy las gracias al Secretario General Guterres, al Secretario Ejecutivo Stiell y a la Directora General Adjunta Bechdol por sus exposiciones informativas. Asimismo, he escuchado con atención la declaración de la Sra. Roesch.

El cambio climático es un problema fundamental que está estrechamente vinculado a la supervivencia y el desarrollo de la humanidad. China está a favor de que la comunidad internacional adopte medidas contundentes para responder efectivamente a los retos que este plantea. En cuanto a la relación que existe entre el cambio climático y la seguridad, el Consejo ha prestado atención a esta cuestión en numerosas ocasiones en los últimos años y se ha llegado a cierto consenso. Sin embargo, necesitamos comprender mejor la interacción entre ambos

factores. Obviamente, algunos conflictos no tienen una relación directa con el cambio climático. Por lo tanto, hay que estudiar cada situación individualmente para determinar sus causas y los puntos de intervención.

Al mismo tiempo, cada vez somos más conscientes de que los fenómenos meteorológicos extremos están afectando gravemente a la producción mundial de alimentos, sobre todo en los países en desarrollo. Este efecto negativo no debe pasarse por alto. China siempre ha insistido en que se deben tomar medidas específicas para ayudar a los países en desarrollo a mejorar su resiliencia ante el cambio climático, garantizar la seguridad alimentaria y romper el círculo vicioso que componen el clima, el hambre y los conflictos.

En primer lugar, hay que aumentar la ayuda humanitaria mundial. El derecho a la alimentación es un derecho humano básico y, por lo tanto, todos los países deben respetarlo y garantizarlo. En la actualidad, algunos países de Asia, África y América Latina atraviesan graves crisis alimentarias y necesitan urgentemente ayuda internacional. China exhorta a los países desarrollados a brindar más ayuda humanitaria de emergencia en forma de alimentos y financiación a los países en desarrollo que la necesiten. Insistimos en que la ayuda humanitaria no debe utilizarse como instrumento de presión, ni estar sujeta a ninguna condición política. En Gaza, es cada vez más difícil acceder a los suministros humanitarios, en particular a los alimentos, que escasean enormemente. En el Afganistán, decenas de millones de personas sufren la falta de alimentos y ropa en pleno invierno. Esta trágica realidad es inaceptable. Instamos a los países afectados a atender el llamamiento de la comunidad internacional a favor de la justicia y a actuar de manera responsable para evitar mayores desastres humanitarios.

En segundo lugar, hay que acelerar las medidas para salvar la brecha de desarrollo que existe entre el Norte y el Sur. En la actualidad, la producción mundial de alimentos es suficiente para alimentar a todo el mundo, pero casi 800 millones de personas pasan hambre. Esa es una muestra concreta del desequilibrio que existe en el desarrollo mundial y de lo insuficiente que resulta, algo que solo puede resolverse esencialmente mediante el desarrollo común. La comunidad internacional debería aprovechar al máximo la Cumbre del Futuro y demás oportunidades importantes para abordar seriamente los problemas más graves que afligen a los países en desarrollo. Los países desarrollados no deben conformarse con pronunciar eslóganes, deben cumplir en la práctica sus compromisos en materia de ayuda oficial al desarrollo y financiación de la lucha contra el cambio climático,

y eliminar los subsidios exorbitantes a la agricultura. Debemos rechazar firmemente las sanciones unilaterales y oponernos a los intentos neoimperialistas de apartar a estos países de la cadena mundial y bloquearlos tecnológicamente. Debemos crear un contexto internacional justo y favorable para que los países en desarrollo participen en el mercado mundial, compartan los dividendos de las industrias emergentes y mejoren sus industrias agrícolas.

En tercer lugar, hay que mejorar el sistema de gobernanza mundial de la agricultura y la alimentación. Los males arraigados, como el monopolio de fijación de precios que ostentan los grandes distribuidores internacionales de alimentos y el elevado valor financiero de los productos agrícolas, han provocado crisis y un desequilibrio en los mercados locales de alimentos. La comunidad internacional debe eliminar los bloqueos y los puntos de ruptura en la cadena de producción y suministro de alimentos y construir un sistema de producción y suministro de alimentos seguro, estable, fluido, eficiente, abierto, inclusivo y beneficioso para todos. Es necesario mejorar la representación, la voz y el poder de decisión de los países en desarrollo para promover una gobernanza internacional de la alimentación y la agricultura más justa y razonable. Los organismos de las Naciones Unidas para la alimentación y la agricultura y las instituciones financieras internacionales deberían centrarse en analizar la situación, formular recomendaciones políticas y coordinar la ayuda de los países en desarrollo con el fin de mejorar su capacidad para participar en la estructura de gobernanza mundial de la alimentación y la agricultura. Es necesario ayudar a dichos países a consolidar una agricultura moderna que sea resiliente al clima y mejorar su eficiencia agrícola y su capacidad para hacer frente a los desastres.

China concede gran importancia a esta cuestión, ya sea en relación con las respuestas al cambio climático o con el mantenimiento de la seguridad alimentaria, y ha tomado medidas activas y enérgicas al respecto. Tenemos el 9 % de la tierra cultivable del mundo y el 6 % de sus recursos de agua dulce. Producimos una cuarta parte de los alimentos del mundo y alimentamos a una quinta parte de su población. Hemos adoptado la Estrategia Nacional de Adaptación al Cambio Climático 2035, que se centra en el desarrollo de las industrias y la agricultura ecológicas y climáticamente inteligentes, y promueve nuestra estrategia de revitalización rural y nuestros objetivos de reducción y neutralidad del carbono.

China ha presentado sus iniciativas de desarrollo mundial y cooperación internacional para la seguridad

alimentaria con el fin de ayudar a los países en desarrollo a mejorar sus capacidades en los ámbitos de la producción y el almacenamiento de alimentos, así como para reducir la descomposición y la pérdida de alimentos. En el marco del Portal de Cooperación Sur-Sur de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, China ocupa el primer puesto entre los países en desarrollo en cuanto al importe de ayuda financiera proporcionada y al número de expertos enviados y proyectos ejecutados.

China fue uno de los más de 130 países que firmaron la Declaración de los Emiratos Árabes Unidos sobre Agricultura Sostenible, Sistemas Alimentarios Resilientes y Acción Climática a finales del año pasado en Dubái. Podemos decir con total seguridad que China realmente pone en práctica lo acordado en ese sentido. Estamos dispuestos a trabajar con otros países para aplicar los resultados del 28º período de sesiones de la Conferencia de las Partes en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático y contribuir en mayor medida a hacer frente al cambio climático y mantener la seguridad alimentaria mundial.

**Sr. Hwang** (República de Corea) (*habla en inglés*): Sr. Presidente, la República de Corea elogia a Guyana por celebrar hoy este oportuno debate abierto y se congratula de su presencia hoy aquí para dirigirlo. Doy las gracias al Secretario General por sus observaciones y al Sr. Simon Stiell, a la Sra. Beth Bechdol y a la Sra. Jimena Leiva Roesch por sus fundamentadas y esclarecedoras exposiciones.

La República de Corea se adhiere a la declaración conjunta que formulará la delegación de Nauru en nombre del Grupo de Amigos sobre el Clima y la Seguridad. A título nacional, las observaciones de mi delegación girarán en torno a las tres cuestiones siguientes.

La primera cuestión se refiere al modo en que las interrelaciones entre el cambio climático, la inseguridad alimentaria y la paz y la seguridad se manifiestan en las situaciones que figuran en el orden del día del Consejo de Seguridad.

Empezando por Asia, en Myanmar, el ciclón Mocha azotó el pasado mayo las zonas afectadas por el conflicto y por la inseguridad alimentaria, como el estado de Rakáin. Los devastadores efectos del ciclón sobre los medios de subsistencia y las viviendas se vieron agravados por la dinámica del conflicto en la zona, que supuso restricciones al acceso de la ayuda humanitaria. En el Afganistán, las continuas sequías han agravado la inseguridad alimentaria e hídrica y han contribuido

a los desplazamientos. Las mujeres y las niñas son especialmente vulnerables debido a las violaciones de los derechos humanos que cometen los talibanes y a las restricciones que estos imponen al suministro de ayuda. Además, según se deriva de unas investigaciones, las sequías prolongadas y el hambre han provocado un aumento de la violencia de género en el país. Y en Sudán del Sur, la Misión de las Naciones Unidas en Sudán del Sur informa de que los efectos de El Niño están provocando una hambruna aguda en algunas partes del país. Por otro lado, los cambios en el régimen pluviométrico han intensificado los conflictos entre agricultores y pastores. Estos son solo algunos ejemplos, y está claro que estas dinámicas merecen que el Consejo de Seguridad las estudie a fondo.

La segunda cuestión se refiere a cómo puede mejorar el Consejo su coordinación con otros mecanismos, tanto dentro como fuera de las Naciones Unidas.

Las soluciones requieren planteamientos y alianzas a largo plazo. Necesitamos sistemas de alerta temprana que incorporen datos climáticos y medioambientales y factores socioeconómicos relacionados con los sistemas alimentarios y los conflictos. También necesitamos iniciativas de pacificación que tengan en cuenta el clima, así como medidas de adaptación sensibles a los conflictos. En este sentido, la Comisión de Consolidación de la Paz puede ayudar mucho. La animamos a convocar reuniones específicas por países o regiones centradas en el clima, en la que participen misiones y organismos de las Naciones Unidas, el mecanismo de seguridad climática y los bancos multilaterales de desarrollo. Esto sería especialmente relevante para los países y regiones que están siendo objeto de debate tanto en el Consejo como en la Comisión de Consolidación de la Paz, o para aquellos que planean transiciones a lo largo del proceso de paz. Al compartir sus respectivos análisis y mejores prácticas para abordar la relación que existe entre el clima, la alimentación y la paz en contextos concretos, los organismos podrían racionalizar y complementar sus actividades, mientras que los mecanismos de financiación podrían determinar las necesidades de recursos. Las reuniones podrían adoptar ocasionalmente el formato de reuniones conjuntas de la Comisión de Consolidación de la Paz y el Consejo Económico y Social, y los resultados podrían enviarse al Consejo de Seguridad entendidos como asesoramiento de la Comisión de Consolidación de la Paz.

La tercera cuestión se refiere al apoyo que el conjunto de los miembros de las Naciones Unidas podría prestar en ese contexto. Aumentar la resiliencia local en

las zonas vulnerables no solo es eficaz, sino que constituye un método rentable tanto para la prevención de conflictos como para la consolidación de la paz. A este respecto, me gustaría presentar la iniciativa K-Ricebelt que mi Presidente, Yoon Suk Yeol, anunció el año pasado en la cumbre del Grupo de los Siete. En la actualidad, ese innovador proyecto pretende ayudar a diez países del África subsahariana a localizar y mejorar su capacidad de producción de arroz compartiendo variedades de arroz de alto rendimiento y tecnología agrícola.

Mi delegación también desea mencionar las amenazas especiales y existenciales a las que se enfrentan las comunidades costeras de baja altitud y los pequeños Estados insulares. El aumento del nivel del mar y sus consecuencias, como la erosión del suelo, la salinización y la pérdida de tierras, destruirán los medios de subsistencia agrícolas e incluso pueden provocar desplazamientos masivos. La República de Corea, país precursor de la Coalición para Hacer Frente al Aumento del Nivel del Mar y su Amenaza Existencial y orgulloso patrocinador de la iniciativa Rising Nations para los países con atolones en el Pacífico, sigue participando activamente en los mecanismos para afrontar ese desafío urgente.

La República de Corea anunció que una de sus prioridades durante su mandato en el Consejo serían el clima y la paz y la seguridad, lo cual está en consonancia con los esfuerzos que estamos realizando para estrechar nuestra colaboración con el Sur Global en su transición hacia la energía limpia y la adaptación al cambio climático, entre otras cosas aumentando nuestra ayuda oficial para el desarrollo ecológico. Nos sumamos a las promesas conjuntas que se han hecho en relación con el clima y la paz y la seguridad, y reafirmamos nuestro compromiso de impulsar esa cuestión en el Consejo y, lo que es más importante, de traducirlo en resultados reales sobre el terreno.

**Sra. Frazier** (Malta) (*habla en inglés*): Malta da las gracias a Guyana por organizar el oportuno debate de hoy y por poner de relieve la relación que existe entre el cambio climático y la inseguridad alimentaria. Asimismo, agradecemos a los exponentes sus aportaciones.

Malta se adhiere a la declaración que formulará la delegación de Nauru en nombre del Grupo de Amigos sobre el Clima y la Seguridad.

El cambio climático, multiplicador de amenazas, ha incrementado los conflictos por los recursos en varias partes del mundo, lo cual ha llevado a un aumento de la inestabilidad y está poniendo a prueba la resiliencia de las poblaciones vulnerables. Se ha demostrado que las

personas que viven en zonas afectadas por conflictos se enfrentan o corren el riesgo de enfrentarse a una grave inseguridad alimentaria e hídrica o a la inanición. En la actualidad, el 70 % de las personas que padecen hambre en el mundo son mujeres y niñas, y la crisis climática agrava aún más las desigualdades de género que ya existían. El 75 % de todos los niños menores de 5 años con retraso en el crecimiento viven en países afectados por conflictos armados. Las cifras hablan por sí solas.

Comprender la relación que existe entre la agricultura y los sistemas alimentarios y las consecuencias del cambio climático en ese sentido es fundamental para el debate de hoy. Los efectos del cambio climático ponen en peligro los sistemas agroalimentarios y los recursos hídricos, lo que a su vez atiza la competencia por unos recursos naturales limitados, que impulsa la movilidad y el desplazamiento de la población. Si a ello se le suma el círculo vicioso de aumento de las temperaturas, inundaciones, sequías y otros fenómenos meteorológicos extremos, la realidad se vuelve devastadora y sus efectos se dejan sentir en todo el planeta de diversas maneras. El aumento de la temperatura de los océanos y del nivel del mar tiene actualmente efectos en los medios de subsistencia de los pequeños Estados insulares en desarrollo del Caribe y el Pacífico.

La sequía provocada por El Niño en el Cuerno de África ha asolado a millones de personas y sus medios de subsistencia y ha generado una escasez grave de agua y pastos secos. El conflicto actual en el Sudán ha hecho que casi 18 millones de personas padezcan hambre aguda, 10 millones más que el año pasado. La situación se ha visto agravada por una producción alimentaria en peligro. La inseguridad alimentaria en el Sahel se ha triplicado, lo que ha llevado a una crisis de desplazamiento que crece con suma rapidez.

Por lo tanto, necesitamos un enfoque holístico e integrado en el sistema de las Naciones Unidas, incluido el Consejo de Seguridad. Recordamos, entre otras iniciativas, el reconocimiento unánime del Consejo, a través de la resolución 2417 (2018), de la necesidad de romper el círculo vicioso entre conflicto armado e inseguridad alimentaria, así como la denegación ilícita del acceso humanitario. También agradecemos a los trabajadores humanitarios sus esfuerzos incansables. Sus actos desinteresados merecen nuestro respeto y reconocimiento plenos.

El empeño de Malta sigue siendo firme a la hora de afrontar esos retos. Como promotor de la Declaración sobre las promesas conjuntas de contribución en favor del clima, la paz y la seguridad, Malta reitera su

llamamiento para que se generen sinergias mediante soluciones concretas, y se centra en el fortalecimiento de la alerta temprana, las acciones anticipatorias y los sistemas agrícolas y alimentarios resilientes al clima. Apoyamos la labor de los asesores de clima y de paz y de seguridad que trabajan con determinadas misiones de mantenimiento de la paz y misiones políticas especiales de las Naciones Unidas, cuyo papel sigue siendo crucial para identificar sobre el terreno las repercusiones relacionadas con el clima.

En todas las medidas que adoptemos debemos hacer participar a los agentes locales. Entre ellos figuran mujeres defensoras de los derechos humanos y del medio ambiente. Alentamos a que la financiación para el clima llegue también a las organizaciones de mujeres de base que encabezan los esfuerzos locales de adaptación y mitigación. Los líderes tradicionales y religiosos desempeñan igualmente un papel importante para garantizar la cooperación.

En conclusión, seguimos defendiendo con firmeza nuestra creencia de que debemos tratar de dar una respuesta inmediata a las causas profundas de la inseguridad alimentaria. Ello incluye romper el ciclo de conflictos y luchar contra el cambio climático. El Consejo tiene una responsabilidad que asumir.

**Sr. De La Gasca** (Ecuador): Permítame, Sr. Presidente, iniciar esta intervención reconociendo su presencia en este foro, lo cual engrandece la visión de la comunidad internacional y del Consejo de Seguridad. Además, agradezco a su país por la organización de este debate abierto, que aborda una temática que concierne a la comunidad internacional en su conjunto. Agradezco también a los expositores por sus valiosas intervenciones.

El Ecuador se suma al discurso que realizará Irlanda en nombre del Grupo de Amigos de la Acción contra el Conflicto y el Hambre, que tenemos el honor de copresidir.

Los conflictos reducen la productividad agrícola, destruyen la infraestructura y alteran los mercados agroalimentarios por la disrupción de las cadenas logísticas de suministros. Con más de 250 millones de personas que padecen hambre aguda pertenecientes a un tercio de los miembros de la Organización, de los cuales la mayoría se encuentra en situaciones de conflicto y violencia armada, centrarnos en este tema es vital.

La aprobación unánime de la resolución 2417 (2018) en el año 2018 logró brindar al Consejo una de las herramientas más valiosas de alerta temprana y respuesta. En situaciones de conflicto, los efectos adversos del

cambio climático y la inseguridad alimentaria exacerbaban la migración y el desplazamiento forzado. En este contexto, la ayuda humanitaria no puede detenerse. El Consejo debe asegurar el cumplimiento de la resolución 2573 (2021) sobre la protección de los bienes indispensables copatrocinada por mi país en 2021. Condenamos cualquier práctica de hacer padecer hambre a la población, usada como táctica de guerra.

En nuestra región se pueden evidenciar los devastadores efectos del deterioro en materia de seguridad y sus repercusiones en la crisis alimentaria, por ejemplo, en Haití. Por ello, en julio de 2023, con la resolución 2692 (2023), el Consejo instó a todas las partes, incluidas aquellas con capacidad de influir en los grupos armados, que tomen medidas para que no se siga bloqueando el acceso a alimentos y se paren los daños a fuentes de suministros. En la actualidad, el impacto de los conflictos en la seguridad alimentaria se ve agravado por la crisis climática. Esta actúa como un multiplicador de amenazas al poner en peligro la seguridad de los sistemas agroalimentarios, los medios de vida y los recursos hídricos.

El Ecuador apoya la iniciativas del Secretario General, una de ellas denominada Alertas Tempranas para Todos, y la otra relativa al canal acelerador para la adaptación al cambio climático, diseñadas ambas para los países más vulnerables. También apoya las actividades del Programa Mundial de Alimentos.

En esa línea, el acceso al financiamiento es prioritario. Una acción climática robusta de los países en desarrollo solo será posible si cuentan con la provisión del financiamiento climático por parte de los países desarrollados, de acuerdo con el principio de responsabilidades comunes pero diferenciadas. Es menester hacer operativo el fondo de pérdidas y daños, con la provisión de fondos nuevos, adicionales y predecibles.

Adicionalmente, y a más de trabajar con herramientas ya existentes como el Fondo para la Consolidación de la Paz y la Comisión de Consolidación de la Paz, los mandatos de las misiones de mantenimiento de la paz deben incorporar la recopilación de información sobre los fenómenos meteorológicos que pueden poner en riesgo la seguridad alimentaria de la población e identificar posibles focos de violencia. Este debe ser un trabajo conjunto entre las oficinas en el país y los programas de las Naciones Unidas como el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, de modo que la aplicación de la Agenda

2030 para el Desarrollo Sostenible y sus 17 Objetivos avancen de la mano con la consolidación de la paz. No vemos otra manera.

Finalmente, es necesario establecer que vivimos en un mundo de conflictos, de varias guerras. Por ello, garantizar el respeto del derecho internacional humanitario es esencial para prevenir la degradación natural y la inseguridad alimentaria en situaciones de conflicto. Las partes beligerantes deben conducir las hostilidades respetando las disposiciones del derecho internacional humanitario sobre la protección del medio ambiente natural, que tienen una relación directa con la seguridad alimentaria, incluyendo la contaminación o la pérdida de acceso a las tierras de cultivo y fuentes de agua.

Frente a este escenario, tenemos el reto de renovar el sistema de seguridad colectiva con propuestas que reduzcan los riesgos y aborden las amenazas, poniendo la prevención en el centro de la estrategia.

**El Presidente** (*habla en inglés*): En nombre del Consejo, quisiera dar la bienvenida al Presidente de la República Dominicana, Excmo. Sr. Abinader Corona.

**El Presidente Abinader Corona:** Felicitamos la convocatoria a este debate crucial y la valiosa contribución de los panelistas de hoy. Durante su mandato en el Consejo, la República Dominicana abogó por una consideración integral de todas las amenazas a la paz y la seguridad globales, incluidos el cambio climático y la inseguridad alimentaria. En 2020, lideramos la aprobación de una declaración de la Presidencia (S/PRST/2020/6) que marcó un hito en la consideración de la seguridad alimentaria, subrayando la importancia de sistemas de alerta temprana.

Nos esforzamos en proteger nuestra producción de alimentos ante desafíos climáticos y crisis que amenazan el suministro global y la agroindustria. La política oficial está respaldada por la Ley núm. 589-16, que creó un Sistema Nacional para la Soberanía y la Seguridad Alimentaria y Nutricional.

En ese mismo sentido y conjuntamente con el Presidente Ali, mi Gobierno ha impulsado una alianza estratégica con Guyana, que busca garantizar la autonomía de nuestros países en renglones estratégicos para la alimentación y la energía. Somos conscientes de que el desarrollo global depende de satisfacer de manera adecuada las necesidades alimentarias y nutricionales, algo que ningún país aisladamente puede enfrentar.

Por eso, resulta fundamental para la República Dominicana la celebración de la Cuarta Conferencia sobre

los Pequeños Estados Insulares en Desarrollo, que se celebrará en Antigua y Barbuda el próximo mes de mayo. Aprovecho el momento para agradecer a mi amigo el Primer Ministro Gaston Browne por su convocatoria. Esta es una oportunidad para exigir a los responsables del cambio climático acciones urgentes encaminadas a enfrentar la crisis y a fortalecer la seguridad alimentaria en todo el mundo.

De hecho, de acuerdo con una investigación científica recién publicada en la revista especializada *Science Advances*, el sistema regulador de las temperaturas de las corrientes en el océano Atlántico se acerca a un punto de inflexión devastador, debido al derretimiento más rápido de lo esperado de los glaciares y las capas de hielo del Ártico. Esto implica que el nivel del mar en el Atlántico aumentaría 1 metro en algunas regiones, inundando muchas ciudades costeras, como ya viene ocurriendo en nuestro Caribe insular.

Las vulnerabilidades climáticas y la escasez de alimentos incrementan el riesgo de violencia, especialmente donde imperan la pobreza, el hambre y la desigualdad.

Es alarmante e injustificable el uso del hambre como arma de guerra para someter a una población. Lamentablemente, esta atroz práctica se extiende cada año por el planeta. El Consejo ha discutido ampliamente sobre respuestas contundentes a ese crimen que amenaza la estabilidad global, pero es necesario intensificar nuestras acciones.

Según el *Global Report on Food Crises 2023*, unos 258 millones de personas se enfrentaban en 2022 a niveles agudos de hambre en 58 países o territorios, y demasiados de estos seres humanos se encontraban al borde de la inanición.

En los últimos siete años, la población en situación de hambre aumentó el 146 %. Ello indica que será muy difícil cumplir con el Objetivo 2 de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, a saber, crear un mundo libre de hambre.

Uno de estos países es Haití, con el que la República Dominicana comparte una misma isla. Según el Programa Mundial de Alimentos, casi la mitad de la población de ese país vecino —es decir, 5 millones de personas— sufren hoy de inseguridad alimentaria aguda. Esta situación es, en gran parte, atribuible a dos factores: primero, la escalada de violencia generada por las bandas criminales que controlan gran parte del territorio de Haití y que, deliberadamente, obstaculizan el acceso de la ayuda humanitaria; y, segundo, el persistente impacto de fenómenos

climáticos que no pueden ser debidamente atendidos y prevenidos por las autoridades de ese país, debido a la violencia terrorista y al descalabro institucional.

A través de sus resoluciones 2645 (2022), 2653 (2022), 2692 (2023), 2699 (2023) y 2700 (2023), el Consejo de Seguridad aprobó una Misión Multinacional de Apoyo a la Seguridad en Haití, un embargo de armas y municiones y un régimen de sanciones para los actores nocivos en el conflicto interno. Sin embargo, aún no se ha actuado con la debida contundencia y urgencia para desplegar la Misión o para darle el carácter sólido que el régimen de sanciones amerita. La comunidad internacional no debe permitir que la catástrofe que vive el pueblo haitiano continúe un día más.

Adoptar acciones preventivas, sensibles y oportunas respecto de los conflictos es vital. Necesitamos herramientas de información, análisis y acción concertada para abordar la inseguridad alimentaria exacerbada por el cambio climático y los graves conflictos internos. El compromiso activo del Secretario General, los Estados Miembros, los organismos especializados, las organizaciones no gubernamentales humanitarias y las comunidades afectadas es clave para avanzar en este frente. Pido al Consejo de Seguridad que redoble sus esfuerzos para generar esas herramientas y poner en marcha un sistema de alerta temprana que permita actuar a tiempo, antes de que las situaciones se tornen en crisis más difíciles de resolver.

Concluyo reafirmando el compromiso de la República Dominicana de lograr una seguridad alimentaria estable, una gestión adecuada del cambio climático y una paz duradera sobre la faz de la Tierra.

**El Presidente** (*habla en inglés*): Doy las gracias al Presidente Abinader Corona por su declaración.

Tiene ahora la palabra el Ministro de Relaciones Exteriores de la República Helénica.

**Sr. Gerapetritis** (Grecia) (*habla en inglés*): Ante todo, quisiera dar las gracias a la Misión Permanente de la República Cooperativa de Guyana ante las Naciones Unidas por la invitación a participar en el debate de hoy, así como a los exponentes por sus estimulantes observaciones.

En el mundo contemporáneo, no hay un solo desafío que no interactúe con los demás. La crisis climática amenaza la seguridad alimentaria y, de conjunto, ambas amenazan la estabilidad y la cohesión social. Además, ningún desafío está relacionado con un solo país o región. El colapso de la Iniciativa del Mar Negro en Ucrania amenaza toda la cadena del cereal, y el

deshielo rápido de los glaciares de la Antártida afecta a todo el planeta. Eso ocurre, mientras se prevé que más de 600 millones de personas en todo el mundo pasarán hambre en 2030.

El mar Mediterráneo, encrucijada de tres continentes, ilustra claramente de interacción y la propagación de tales fenómenos. La temperatura anual del mar es 1,54 °C superior a los niveles anteriores a 1990 y aproximadamente 0,5 °C más que la media del calentamiento global. El aumento de la temperatura ha causado graves daños ambientales. La cuenca mediterránea se ha convertido, en el último año, en el epicentro de la crisis climática, con incendios forestales de gran magnitud e inundaciones catastróficas. Además, la elevación del nivel del mar pone en peligro la cantidad y calidad de las pesquerías y las poblaciones de peces y, a su vez, la vida y la salud de las personas.

Mitigar el calentamiento global, impulsar el turismo sostenible y el transporte marítimo ecológico y reducir la contaminación por microplásticos serán algunos de los temas de la Novena Conferencia “Nuestro Océano”, que celebraremos en Atenas los días 16 y 17 de abril. La Conferencia servirá de puente entre el 28° período de sesiones de la Conferencia de las Partes en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático y la Conferencia de las Naciones Unidas para Apoyar la Implementación del Objetivo de Desarrollo Sostenible 14: “Conservar y utilizar sosteniblemente los océanos, los mares y los recursos marinos para el desarrollo sostenible”, y aspirará a producir hitos tangibles y compromisos creíbles.

En el mismo sentido, Grecia tomará la iniciativa relacionada con el nexo entre el clima, la paz y la seguridad y lo fijará como prioridad de su candidatura como miembro no permanente del Consejo de Seguridad para el período 2025-2026.

Sin embargo, ninguna conferencia o intervención de un solo Estado puede arrojar resultados sorprendentes. Es como Sísifo, que empujaba, una y otra vez, una pesada piedra cuesta arriba por una colina, pero antes de llegar a la cima, volvía a rodar hacia abajo. La complejidad y la extraterritorialidad de los desafíos exigen una respuesta colectiva de los Gobiernos y los pueblos del mundo con miras al futuro. Lo que necesitamos es una mentalidad diferente con respecto a la protección del medio ambiente y la seguridad alimentaria. Un ejemplo de dicha política transversal es el proyecto “Una sola salud” de la Organización Mundial de la Salud, una iniciativa integradora y unificadora para equilibrar y optimizar de manera

integral la salud de las personas, los animales y el medio ambiente. Necesitamos esta clase de nuevo concepto de la solidaridad mundial y de la sostenibilidad intergeneracional a través de una gobernanza global ética y basada en normas y un reparto justo de la carga y la responsabilidad entre los Estados.

Por eso pedimos una alianza universal por la sostenibilidad y secundamos la propuesta de nombrar un enviado especial de las Naciones Unidas para un futuro sostenible. Se lo debemos a las generaciones futuras, a las que, reconozcámoslo, hemos despojado de una parte importante de sus dividendos naturales. Al fin y al cabo, no debemos olvidar que no somos propietarios, sino meros cuidadores, de la Tierra.

**El Presidente** (*habla en inglés*): Tiene ahora la palabra el representante de Tailandia.

**Sr. Phuangkitkeow** (Tailandia) (*habla en inglés*): Deseo felicitar a Guyana por haber asumido la Presidencia del Consejo de Seguridad durante este mes de febrero. Asimismo, deseo dar las gracias al Secretario General António Guterres y a todos los exponentes por sus valiosas reflexiones y recomendaciones.

A pesar de las décadas de progreso que venimos registrando en materia de desarrollo, nuestra sensación de seguridad sigue siendo baja. El informe especial 2022 del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, titulado *New threats to human security in the Anthropocene* (Nuevas amenazas a la seguridad humana en el Antropoceno), explica esta paradoja del desarrollo a la que todos nos enfrentamos. Retos como la pandemia, las desigualdades y el aumento de las tensiones geopolíticas, así como los devastadores fenómenos meteorológicos relacionados con el clima y la inseguridad alimentaria han revertido décadas de avances en materia de desarrollo. Estoy de acuerdo con las recomendaciones que figuran en el informe de que para hacer frente a estas amenazas es necesario que los responsables políticos consideren la protección, la capacitación y la solidaridad de forma conjunta, de modo que la seguridad humana, las consideraciones planetarias y el desarrollo humano vayan a la una.

Sin un desarrollo sostenible, un planeta sostenible y derechos humanos, la paz y la seguridad serán inalcanzables. Por eso es tan oportuno este debate abierto, que se centra en el cambio climático, la inseguridad alimentaria y la paz.

¿Qué podemos hacer nosotros como responsables políticos? Quisiera hacer tres sugerencias.

En primer lugar, debemos velar por que nuestras instituciones, políticas y prioridades se ajusten a las necesidades y expectativas de los ciudadanos. La gente espera que se la proteja de los conflictos violentos, los efectos adversos del cambio climático y la inseguridad alimentaria. Las personas también esperan gozar de derechos humanos básicos, ya sea asistencia sanitaria o educación, para poder tener un mejor nivel de vida.

Por lo tanto, nuestros esfuerzos deben centrarse en las personas en todos los aspectos, para conseguir el desarrollo humano y la seguridad humana de todos los pueblos. Si se quiere mantener la paz y la seguridad, el Consejo de Seguridad debe incluir la seguridad humana en sus deliberaciones.

Con la seguridad humana como objetivo, las Naciones Unidas pueden dar una respuesta más integral a los problemas actuales. Es vital aumentar la coordinación entre el Consejo de Seguridad y otras entidades pertinentes de las Naciones Unidas, especialmente el Consejo Económico y Social.

En segundo lugar, el cambio climático es la crisis definitoria de nuestra era y seguirá afectando a nuestras vidas en múltiples aspectos. El cambio climático es un multiplicador de amenazas, no conoce fronteras y supone una amenaza urgente y grave para todos nosotros, especialmente para los países menos adelantados y los pequeños Estados insulares en desarrollo. Por tanto, también debemos centrar nuestra atención en el planeta. Tenemos que trabajar juntos para hacer frente a esta crisis en el marco de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático.

La Convención, junto con su Acuerdo de París sobre el Cambio Climático, sigue siendo la piedra angular de la gobernanza mundial del clima y debe mantenerse. Sin embargo, los países en desarrollo necesitan ayuda para mejorar su capacidad de adaptación y hacerse más resilientes ante los efectos adversos del cambio climático. Tailandia reitera el llamamiento de los países en desarrollo, del que se hizo eco el Secretario General en la tercera Cumbre del Sur, para que los países desarrollados cumplan con los compromisos financieros vigentes de aportar 100.000 millones de dólares anuales y dupliquen la financiación de la adaptación. No se trata solo de una inversión en el futuro del planeta, sino también en la seguridad humana y la estabilidad de los Estados y las sociedades.

En tercer lugar, los desafíos mundiales como el cambio climático, la inseguridad alimentaria y los conflictos están relacionados entre sí, por lo que es

necesario examinarlos de forma sistemática e integrada para prever soluciones para las personas y el planeta. Los enfoques centrados en las personas y en el planeta deben ser el camino a seguir para nuestro futuro sostenible y pacífico.

Para superar los retos mundiales de hoy y las nuevas amenazas del futuro se necesita solidaridad, compromiso y colaboración mundiales. El multilateralismo y la cooperación internacional son las soluciones más viables para abordar estos retos. En ese sentido, esperamos que la Cumbre del Futuro sea una oportunidad para revitalizar el sistema multilateral, con las Naciones Unidas como eje, y para renovar nuestro ideal de paz, que debe ser global y tener en cuenta el desarrollo sostenible y los derechos humanos.

Tailandia, candidata al Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas para el mandato de 2025 a 2027, espera que la labor de este órgano tenga más repercusión, sobre todo para las personas sobre el terreno, muchas de las cuales se encuentran en situaciones de conflicto. Creemos que los órganos y mecanismos de las Naciones Unidas deben trabajar para complementarse entre sí a la luz del carácter polifacético de los desafíos a los que nos enfrentamos.

**El Presidente** (*habla en inglés*): Tiene ahora la palabra la representante de Noruega.

**Sra. Sandkjær** (Noruega) (*habla en inglés*): Tengo el honor de hablar en nombre de los ocho países nórdicos y bálticos, a saber, Dinamarca, Finlandia, Estonia, Islandia, Letonia, Lituania, Suecia y mi propio país, Noruega.

Quisiera empezar dando las gracias a la República Cooperativa de Guyana por haber organizado este debate tan oportuno.

Coincidimos con varios de los oradores anteriores en que la seguridad alimentaria se ha convertido en una cuestión de seguridad mundial y nacional, agravada por el cambio climático, los conflictos y las recesiones económicas. Estos desafíos comunes solo pueden superarse mediante una acción multilateral decidida. Por eso es un tema tan relevante para el orden del día del Consejo de Seguridad.

Las crisis entrelazadas del cambio climático, los conflictos y la inseguridad alimentaria se desarrollan en un momento de creciente inestabilidad y tensiones geopolíticas cada vez mayores. Tanto el cambio climático como los conflictos causan inseguridad alimentaria en muchos sentidos, por ejemplo al destruir los medios de subsistencia, aumentar la escasez de recursos

y perturbar las cadenas de suministro. Muchos países y regiones más vulnerables a los efectos negativos del cambio climático son también los que sufren conflictos e inestabilidad y, por tanto, se enfrentan a mayores riesgos de inseguridad alimentaria. Las mujeres y las niñas suelen ser las más gravemente afectadas.

En los conflictos actuales, los alimentos se utilizan como arma. Si recordamos la resolución 2417 (2018), en ella se impone la clara obligación de no atacar a civiles o bienes de carácter civil necesarios para la producción de alimentos. Siempre debe cumplirse la obligación de facilitar el acceso humanitario pleno, seguro y sin obstáculos a quienes lo necesitan.

Mantener la paz y la seguridad es la principal responsabilidad del Consejo de Seguridad y, para los países nórdicos y bálticos, está claro que la prevención de conflictos debe ser el elemento central de esos esfuerzos. Esto significa que todos los países deben redoblar sus esfuerzos para hacer frente al cambio climático y prevenir y resolver los conflictos con el fin de disminuir los riesgos de inseguridad alimentaria.

Permítaseme ahora hacer hincapié en lo que consideramos las seis medidas preventivas más importantes para luchar contra el hambre.

La primera medida es la prevención de los conflictos relacionados con el cambio climático y la inseguridad alimentaria, lo que puede hacerse mediante la mitigación y la adaptación, el refuerzo de la alerta y la acción tempranas, y la reducción de los riesgos. Tenemos que generar datos y análisis sofisticados. Por ello, apoyamos el llamamiento del Secretario General en favor de alertas tempranas para todos y del acceso universal a los sistemas de información sobre el clima.

La segunda medida es la ampliación del desarrollo de una agricultura resistente al clima en los pequeños productores de alimentos. Hay que reforzar las cadenas de valor y los mercados del sector alimentario local. Los efectos serán una mayor seguridad alimentaria en las zonas rurales más pobres, nuevos empleos, más estabilidad y la reducción de la migración forzosa.

La tercera medida es el aumento de la financiación climática para desarrollar una agricultura sostenible.

La cuarta medida es un suelo sano, requisito previo para luchar contra el hambre y reforzar la seguridad nacional y mundial, y es necesario que las semillas y los fertilizantes lleguen a los pequeños agricultores. Por ello, acogemos con satisfacción la cumbre africana

sobre fertilizantes y salud del suelo que se celebrará en Nairobi en mayo.

La quinta medida es el empoderamiento de las mujeres, crucial para fomentar la seguridad alimentaria. La participación plena, igualitaria y significativa de las mujeres en todos los esfuerzos de consolidación de la paz y en la mitigación del cambio climático y la creación de resiliencia es una parte esencial de los esfuerzos integrales de seguridad.

La sexta medida es una mejor integración de nuestra asistencia humanitaria y nuestra asistencia para el

desarrollo a largo plazo a fin de detener las tendencias negativas del hambre y la pobreza.

Por último, acogemos con satisfacción el liderazgo mundial del Brasil al ocupar la Presidencia del Grupo de los 20 y la importante iniciativa de establecer una alianza mundial contra el hambre y la pobreza.

**El Presidente** (*habla en inglés*): Todavía quedan varias intervenciones en la lista de esta sesión. Habida cuenta de lo avanzado de la hora, con la anuencia de los miembros del Consejo, suspenderé la sesión hasta las 15.00 horas.

*Se suspende la sesión a las 13.15 horas.*